

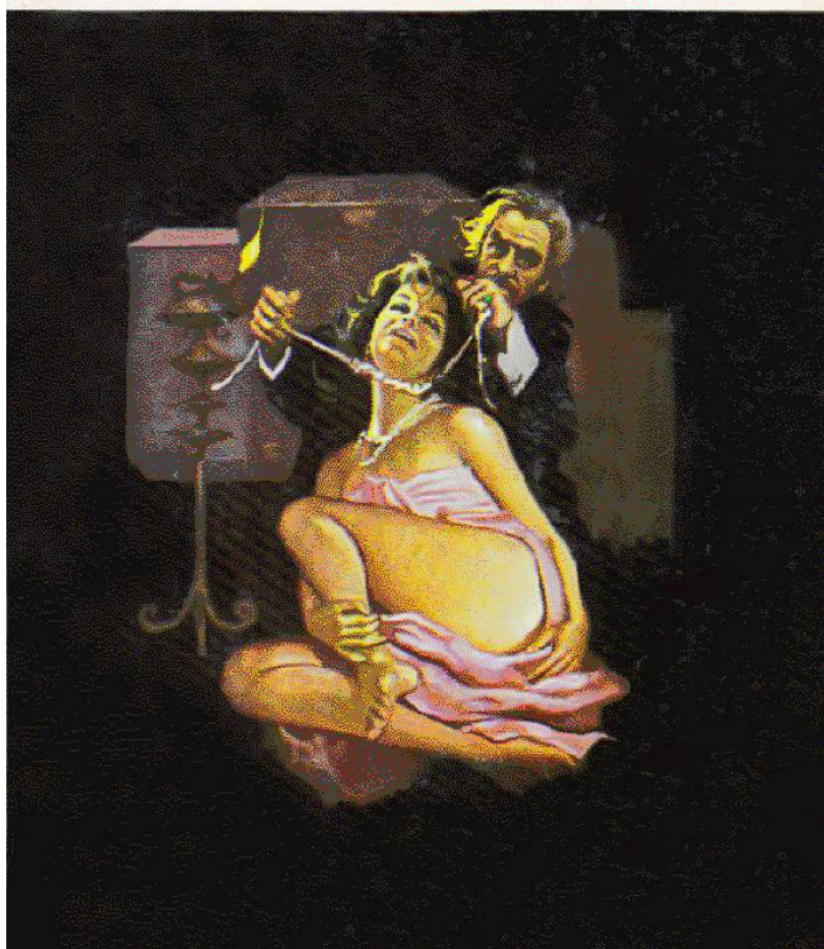
BOX LIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

MATAR ES COSA DE LOCOS

Burton Hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

MATAR ES COSA DE LOCOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 795
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 20.568 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1977

© Burton Haré - 1977

texto

© José M^a Miralles - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.384. — La cita de los muertos

En Colección PUNTO ROJO:

781. — Las señoras mueren de noche

En Colección LA HUELLA:

139. — El funeral de las ratas

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre viejo estaba rígido en su sillón basculante, detrás de la gran mesa de trabajo. Sus ojos tenían una mirada vidriosa a la que la pequeña lámpara arrancaba extraños destellos, dejando el resto del gran despacho sumido en penumbra.

No movía ni un músculo. Hubiérase dicho que era una figura de madera.

Al otro lado de la mesa, una figura, imprecisa en la oscuridad, con el sombrero calado hasta las orejas, le miraba sin pronunciar palabra. Esperaba, vigilándole como una araña a su presa.

La siniestra silueta negra tendió la mano y sus dedos finos y sensitivos rozaron los párpados del hombre viejo. Éste no reaccionó.

—Ahora hablemos, profesor —dijo una voz monótona, sin inflexiones, como si surgiera del fondo de un pozo—. Sé que me oye y que puede hablar. ¿No es cierto que me oye?

—Sí...

Los labios del hombre apenas aletearon al hablar.

—Quiero su cuaderno de apuntes. ¿Dónde lo tiene?

—¿Cuaderno...?

—Lleva todas sus anotaciones en un cuaderno de tapas negras. Las anotaciones de su último experimento.

—No hice la prueba final. No me atreví...

—Experimentó con animales.

—Eso sí.

—Y dio resultado.

—Sí. Los supuestos eran correctos.

—¿Dónde guarda ese cuaderno?

—En la caja fuerte del laboratorio.

Respondía siempre con la misma voz monótona, como si fuera incapaz de modular los sonidos voluntariamente.

—Dígame la combinación de la caja.

—Siete, once y tres a la derecha. Nueve, once y tres a la izquierda.

—Sus ayudantes, ¿están enterados de sus experimentos?

—Tienen noción de lo que investigo, pero no conocen los resultados.

—¿No les dijo nunca nada?

—No... Esperaba a estar completamente seguro de los resultados.

—¿Sabe quién soy, profesor?

—No.

—¿Está seguro, no me ha visto nunca?

—No le veo ahora. No sé quién es...

La siniestra figura negra se echó atrás con un suspiro. Durante unos minutos reinó un profundo silencio.

De pronto, la voz extraña de la oscuridad dijo:

—Yo le maldije una vez, profesor, hace mucho tiempo... Usted ya no lo recuerda. No significó nada para usted. Pero sí para mí..., para mí fue como si me abriera las puertas del infierno. Ahora ha llegado la hora de saldar la vieja cuenta. ¿Tiene miedo?

—¿Miedo?

La mano derecha de largos dedos surgió de pronto a la luz de la lámpara, y en ella brillaba la fina hoja de un terrible estilete de doble filo y aguzada punta. La hoja de acero se paseó ante los ojos inexpresivos del hombre paralizado en su sillón sin que éste hiciera movimiento alguno. Parecía realmente que no podía ver aquella serpiente metálica moviéndose casi rozándole las pupilas.

Cuando el cuchillo descargó el primer golpe, el hombre viejo emitió un sordo quejido. Todo su cuerpo sufrió una atroz sacudida y sus ojos se desorbitaron. El efecto de la droga se esfumó bajo los embates del dolor y luchó por levantarse.

El cuchillo descendió otra vez, abriéndole la cara de arriba abajo, desde la oreja a la garganta.

La sangre brotó como un torrente. El hombre, estremecido, se desplomó hacia atrás derribando el sillón.

Un delirio de dolor le aplastaba contra el suelo. Su mente recobraba su perdido albedrío justo cuando la muerte estaba ya en su cuerpo débil y viejo.

Vio descender el cuchillo y apoyarse la punta en su estómago.

Boqueó, pero no pudo emitir ningún sonido. La punta del estilete se hundió poco a poco, con una horrible lentitud, mientras él se agitaba como un gran insecto atravesado de parte a parte.

Después, el infierno de dolor le venció y afortunadamente para él perdió el conocimiento.

La orgía de sangre aún se prolongó una eternidad, pero para entonces la víctima de la delirante carnicería ya estaba muerta.

Después, moviéndose en las tinieblas con plena seguridad, la siniestra sombra de la muerte recorrió los desiertos pasillos hasta desembocar en el gran laboratorio establecido en el sótano.

También allí dentro se deslizó con seguridad entre el laberinto de mesas de trabajo. Fue a detenerse delante de la caja acorazada empotrada en la pared.

Allí, un delgado rayo de luz brotó de la mano de finos dedos y accionó con sutil habilidad el disco numerado. Primero a la derecha, después a la izquierda.

Pudo percibirse un profundo suspiro cuando las manos tiraron de la gruesa puerta, abriéndola. El rayo de luz recorrió el interior, primero con calma, sin ninguna prisa, descubriendo pliegos de papel llenos de cifras y apretada escritura, pero sin alumbrar las tapas negras del cuaderno de apuntes.

Después, los movimientos se volvieron más bruscos, a medida que la impaciencia se apoderaba de aquella mano que sostenía la linterna.

Se oyó un sordo quejido cuando aquel ser infernal, de una crueldad inaudita, se convenció de que allí dentro no había lo que estaba buscando.

Pero debía estar allí. El profesor no pudo mentir bajo los efectos de aquella poderosa droga, una moderna derivación del phentotal...

Los dedos impacientes arrojaron los papeles y documentos en todas direcciones, mientras de la oculta garganta surgía una especie de quebrado rugido.

El cuaderno de notas del profesor no apareció.

CAPÍTULO II

Byrnes paseó la mirada por el despacho antes de fijarla en el cuerpo tendido más allá de la mesa. Sintió que el estómago se le encabritaba, como si quisiera salirle por la garganta. Giró la cabeza a un lado y su mirada se encontró con la cara gris del fotógrafo de la policía.

—¿Habías visto algo parecido alguna vez, Maler?

El fotógrafo tragó saliva con dificultad.

—Nunca —barbotó—. Creo que he sacado hasta las papillas que me dieron de niño.

Los demás expertos de la policía procuraban no mirar el destrozado cadáver mientras procedían a buscar huellas dactilares. Quien más quien menos notaba aquel vacío en el estómago, aquella náusea atroz que les descomponía.

Rezongando entre dientes, Ken Byrnes salió del despacho deteniéndose en la acogedora sala de estar. Había un gran aparato de televisión en color, confortables butacas, una artística lámpara de pie, mesillas, un carrito con botellas de licor, un revistero...

Estaban comprobando que todas las revistas eran científicas cuando un agente uniformado apareció en la puerta.

—El sargento le espera en el laboratorio, teniente... —dijo—. Hay una caja fuerte abierta de par en par.

—Si alguien quiere hacerme creer que esa carnicería es sólo producto de un robo, está loco.

El agente se encogió de hombros. A él, la cosa ni le iba ni le venía.

Se limitó a guiar a Byrnes hasta el gran laboratorio del sótano y ahí se quedó en la puerta.

El sargento Paige señaló la caja fuerte abierta.

—Échele un vistazo —dijo—. Esparcieron el contenido por el suelo.

El teniente contempló la siembra de hojas de papel llenas de apretada escritura, o de complicadas columnas de cifras.

—¿Dinero? —preguntó.

—Ni un centavo.

—Nadie comete una salvajada como la de arriba sólo por robar el contenido de una caja fuerte. ¿Ha visto usted lo que hay en el despacho?

—Sí. Sólo un instante, pero lo vi. Es cosa de locos.

—Habrá que buscar a alguien que conociera el contenido de esta caja, para que nos diga qué solía haber guardado aquí y si había dinero. Aunque yo apostaría que nunca lo hubo.

—Ya hemos enviado recado a los científicos que trabajaban con el profesor, y a su secretaria. No pueden tardar en llegar.

Ken Byrnes asintió y un tanto desconcertado dio unos pasos aquí y allá, mirándolo todo con curiosidad.

Tras la puerta había un cuarto espacioso, bien ventilado, donde se alineaban infinidad de jaulas con cobayas vivos.

En cada jaula, unas cartulinas contenían fechas y números que no le indicaron nada. Cifras complicadas que no tenían ningún significado para un simple teniente de policía.

Cerró la puerta al regresar al laboratorio. En aquel momento, un hombre joven, distinguido y de mirada inteligente apareció procedente de las escaleras.

—¿Qué diablos es eso de que han matado al profesor?

Byrnes le examinó con ojo crítico.

—¿Su nombre, por favor?

—Samuel Granvy. Trabajo aquí, ¿sabe? Me han traído casi a rastras...

—Lamento haber tenido que molestarle. Entiendo que trabajaba usted para el profesor Walter Karch...

—Sí... Hace ahora dos años que empecé a trabajar «con» él, no «para» él, si es usted capaz de captar la diferencia.

—Oiga, no quiera apabullarme. Soy sólo un teniente de policía, pero aún puedo distinguir una mosca de un elefante. Esto es un crimen de unas características muy especiales, así que no me pida delicadeza en mi trabajo. Y ahora, eche un vistazo a esa caja y dígame qué acostumbraba a guardar en ella el profesor.

Rejo de cólera, Granvy se acercó a la vacía arca empotrada en la

pared. Luego miró los documentos esparcidos por el suelo.

—El cuaderno —gruñó—. No veo el cuaderno de notas...

—¿Qué clase de cuaderno?

—El que utilizaba el profesor. Nadie podía tocarlo, sólo él. Y cuando terminaba la jornada, lo guardaba ahí dentro personalmente.

—¿No guardaba dinero en la caja?

—¿Dinero? Nunca lo hubo ahí, que yo sepa.

—De modo que lo único que falta en ese cuaderno...

—Sólo eso, que yo sepa. Era un cuaderno de tapas negras y rígidas. El profesor anotaba en él los resultados y fórmulas de sus trabajos.

—¿Y nadie, absolutamente nadie, tenía acceso a esa libreta?

—Nadie. El prefería trabajar así. Aunque cuando un experimento quedaba terminado, entonces nos daba los datos suficientes para seguir trabajando en él y mejorarlo, perfeccionarlo. O desecharlo, si los resultados no conducían a ninguna parte práctica.

—Había una secretaria...

—Sí, Midge Gray. Muy eficiente.

—¿Tampoco ella tenía acceso al cuaderno?

—En absoluto.

—¿Ni a la caja?

—Oiga, ya le he dicho que sólo el profesor conocía la combinación de ese trasto. No permitió nunca que nadie enredara en sus papeles.

—Comprendo. Sargento, acompañe al señor Granvy al despacho. Quiero que vea el cadáver y que lo identifique oficialmente.

El sargento soltó un gruñido de disgusto. Maldito si deseaba contemplar otra vez aquello que había en el despacho.

Pero se fue con el altanero científico y Ken mató el tiempo encendiendo un cigarrillo.

Con intervalos de pocos minutos fueron llegando los demás ayudantes del profesor. Bert Garland, John De Witt y Gling Ronaldson.

Sus declaraciones coincidieron con las de Sam Granvy, de modo que Byrnes les mandó a que vieran el atroz espectáculo del despacho, para la identificación.

La secretaria fue la última en llegar. Byrnes se quedó

boquiabierto al verla, porque no había sospechado que la secretaria de un científico, con el título de licenciada en ciencias físicas en el bolsillo, fuera una preciosidad como aquélla.

Ella sonrió.

—¿Qué pensó, que yo era septuagenaria, con bigote y ciencia desbordándome por las orejas?

—Éste... yo no dije nada.

—Lo demostró con su sobresalto cuando entré aquí. ¿Es cierto que alguien ha matado al profesor?

—Tan cierto como que es usted una belleza, señorita. ¿Se llama Midge Gray?

—Sí.

—¿Quién piensa que pudo haber matado a su jefe?

—¿Cómo voy a saberlo? No se me ocurre ni un nombre, lo crea usted o no. El profesor apenas se relacionaba con nadie. No tenía amigos ni enemigos. Vivía entregado por completo a su trabajo.

Entonces descubrió la caja abierta y dio un respingo.

—¿La han abierto ustedes? —preguntó acusadoramente.

—Señorita Gray, los policías tenemos muchos defectos, pero hasta ahora, que yo sepa, ninguno es un revientacajas tan bueno como para abrir ésta sin forzarla.

—Fue una pregunta tonta, lo siento.

—Alguien que conocía la combinación la abrió.

—Nadie la conocía. El profesor era el único que podía abrirla.

—Entonces, el asesino debió obligarle a abrirla antes de matarle. ¿Qué me dice usted del cuaderno de tapas negras?

—Estaba en la caja. Le vi guardarlo en ella cuando terminamos el trabajo, ayer tarde.

—¿Está segura de que lo puso ahí?

—Le repito que le vi hacerlo. ¿Es que ha desaparecido?

—Ya puede jurarlo. Al parecer, ese cuaderno es la razón del crimen.

Ella perdió el color.

—¡Pero nadie fuera del mismo profesor podrá utilizar ninguna de las fórmulas y resultados que contiene! Ni yo misma podría... y era su secretaria técnica. El profesor hacía sus anotaciones de un modo completamente anárquico y... Pero usted no lo entendería. Es una completa locura matarle por una cosa así.

—Pues al parecer hay un loco suelto, señorita. Suba arriba y prepárese para ver algo muy desagradable.

Ella se echó atrás.

—¡No quiero verlo! —balbuceó—. No me gusta la sangre, y yo... yo quería al profesor. Era bueno, amable... No podría soportar verlo muerto.

Byrnes lo pensó un poco. A fin de cuentas, ya había sido identificado por los cuatro ayudantes personales del científico.

—Está bien, no la obligaré a que lo vea. Dígame en qué estaba trabajando el profesor, si le parece.

—En la regeneración de los tejidos mediante células nuevas.

Byrnes hizo una mueca.

—Podía haberme contestado en chino y habría sido lo mismo —gruñó—. De cualquier modo, ¿qué importancia puede tener eso, alguien sería capaz de sacar dinero con la fórmula de esa regeneración, o lo que infiernos sea?

—Tal vez, si el resultado final fuera ya el definitivo. Pero no lo era. El profesor había realizado algunos experimentos con animales, con cobayas, ya sabe. Pero ignoro si había tenido algo positivo o no.

—Oiga... supongamos que en sus experimentos con animales hubiera tenido éxito, que hubiera logrado lo que buscaba. ¿Lo habrían sabido usted y sus ayudantes?

—Quizá sí, pero no puedo asegurarlo. El profesor era un hombre imprevisible... Es posible que no hubiese dicho nada hasta comprobar los resultados fuera de toda duda. O hasta que no los hubiera obtenido con *seres* humanos. Nunca sabía una cuál iba a ser la reacción de un hombre tan hermético como él...

—Sigamos suponiendo, señorita Gray, si le parece.

—¿Sabe que es usted un policía muy raro?

—Eso se debe a que me ascendieron hace poco —rió el teniente, mirándola descaradamente—. Supongamos que otro científico fuera capaz de desentrañar los datos que constan en ese cuaderno desaparecido. Otro hombre con profundos conocimientos, parecidos a los del profesor Karch...

—Ya veo lo que quiere decir... Sí, tal vez otro científico pudiera seguir adelante con el trabajo. Pero habría de ser un genio, como lo era mi jefe.

—Sus ayudantes... esos cuatro doctores jóvenes y brillantes...

¿Podrían?

Ella desorbitó la mirada, asombrada.

—No creará que alguno de ellos sea el criminal...

—¿Por qué no? Puede ser uno de ellos, puede ser usted, incluso, puede ser cualquiera de los doscientos mil habitantes de nuestra pacífica comunidad. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí, creo que sí.

—¿Y bien? Aún no me ha dado una respuesta a lo que le pregunté.

La hermosa muchacha tardó en replicar. Parecía reflexionar profundamente, analizando bien lo que iba a decir.

Y al fin murmuró:

—Sinceramente... no sé si cualquiera de ellos sería capaz de emular al profesor, guiándose por las anotaciones del cuaderno. Pero si hay alguien en el mundo que estuviera en condiciones de hacerlo, sin duda son ellos...

—Y usted, por supuesto.

—Y yo, naturalmente.

—Un lego en la materia, no, claro...

—Ni siquiera sabría cómo descifrar una sola fórmula...

—Muy bien ya tenemos unos cuantos sospechosos, incluida usted. Demasiada gente, porque éste es un crimen de un hombre solo, una bestia salvaje y con el cerebro apolillado.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué le hicieron al profesor?

—Si quiere comprobarlo, sólo tiene que subir al despacho.

—Pero ¿tan malo es?

—Peor. Una salvajada sin nombre.

Ella se estremeció y el color de sus preciosas mejillas se desvaneció unos instantes.

El agente de la escalera asomó la cabeza y anunció:

—Le reclaman arriba, teniente.

—Está bien, no deje entrar a nadie aquí. Absolutamente a nadie excepto los expertos y nuestro fotógrafo.

Subió a la vivienda acompañado de la preciosa muchacha. Ante la puerta del despacho ella se detuvo en seco.

—¿Está ahí? —balbució.

—Sí.

—Entonces no entro... no podría soportarlo. ¿Lo comprende?

—Claro. Reúnase con los cuatro ayudantes del profesor. Están en la salita, ahí al lado.

Entró y el sargento salió a su encuentro echando chispas.

—Oiga lo que dicen esas lumbreras, teniente —gruñó, señalando a los peritos.

—¿Qué pasa con ellos, Paige?

—Se les subió la ciencia a la cabeza. O perdieron la chaveta cuando vomitaron al ver el cadáver, vaya usted a saber.

El hombre que trabajaba con huellas dactilares dijo de mal talante:

—Tiene usted los sesos de un mosquito, sargento. Yo trabajo con hechos, no con palabras. Y los hechos dicen que esas huellas son lisas, y cuando tenga usted las fotografías ante las narices le haré retractarse de todas estas tonterías que llevo oyendo desde que entró aquí.

Ken Byrnes enarcó las cejas.

—¿Huellas lisas? —exclamó—. ¿De qué cuernos está hablando, hombre?

—De las huellas digitales, teniente.

—Explíqueme eso.

—No puedo. No hay una explicación razonable. Son huellas de dedos sin marcas papilares, sin crestas cutáneas exactamente.

—Bueno, ¿dónde está el misterio? No son huellas de dedos, es así de sencillo. El tipo debía llevar guantes de goma.

—Oiga, teniente, hace muchos años que hago este trabajo en todo el condado. Las huellas fueron impresas por dedos desnudos. Los guantes de goma no dejan restos orgánicos. Sudor, para que sea más claro. Y los dedos que imprimieron esas huellas estaban sudando ligeramente.

—Vayamos por partes, Harry —bufó el teniente—. Usted está diciéndome que el asesino trabajó con las manos desnudas, que imprimió sus huellas dactilares por todas partes y que esas huellas son de unos dedos que no tienen realmente «huella digital», no tienen el clásico dibujo formado por las crestas cutáneas...

—Eso es «exactamente» lo que trato de hacerle comprender al sargento hace rato.

—Mejor hágamelo comprender a mí, si puede.

—Ahí está la cosa, teniente. No lo comprendo ni yo mismo. El

fulano que hizo este trabajito debe ser un fenómeno de feria. O un extraterrestre. ¿Le gustaría más esa teoría? Un tipejo raro llegado de las estrellas... ya veo los titulares en los periódicos.

—Siga así y acabará en manos del siquiatra, Harry.

—Después de ver eso —bufó el experto, señalando sin mirarlo el cadáver tendido al otro lado de la mesa—, no me sorprendería lo más mínimo. Pero toda esta palabrería no cambia los hechos, y los hechos están claros como la luz. Alguien que carece de huellas papilares en los dedos hizo esta carnicería. Alguien cuya piel de los dedos es lisa como un cristal. Ahora, apáñese usted con este regalito, teniente.

—Vaya abajo y compruebe si hay huellas en la caja fuerte. O lo que sean esas marcas lisas.

El sargento Paige soltó un bufido cuando quedaron solos.

—¿Qué le parece, teniente, está tomándonos el pelo o qué?

—Hay truco en alguna parte. Nunca se ha sabido de nadie que careciera de crestas cutáneas en los dedos. Alguien intenta confundirnos..., lo que no haría ningún loco de remate como el que parece ser el autor de esta obra de arte...

—No puede tratarse más que de un demente y usted lo sabe.

—O alguien que odiara al profesor tan salvajemente como para hacerlo pedazos. O que quisiera que creyésemos eso justamente, que estaba loco...

—Todo lo que quiera, teniente, pero nunca creeré que esas huellas son auténticas. Como usted dice, hay truco en alguna parte.

—Sí, pero ¿dónde?

Paige se encogió de hombros. Se alegraba mucho de no ser él el titular de esta investigación.

—¿Ha interrogado a los ayudantes del muerto?

—Y a la secretaria. Por cierto, es toda una belleza. No han aclarado nada, excepto que lo único que falta de la caja es el cuaderno donde el profesor anotaba sus experimentos.

—¿Sabe una cosa, teniente? No le envidio. Le ha caído buena...

—No me dice nada que yo no sepa. Mire, empiece con la rutina, Paige. Ocúpese de averiguar la vida y milagros de todos esos pozos de ciencia que esperan ahí al lado, incluida la hermosa secretaria. Quiero toda su historia, desde la cuna hasta hoy.

—Eso llevará tiempo.

—Tómeselo.

Paige se largó a escape, contento de perder de vista el despacho, el sangriento cadáver, la casa y todo lo que ésta parecía ocultar de sombrío y siniestro.

Si hubiera podido saber que aquello era sólo el principio de una pesadilla atroz como ninguna, seguramente no se hubiera sentido tan satisfecho...

CAPÍTULO III

El jefe de policía de la ciudad de Silver Springs se llamaba Burke, era más bien gordo y lento, tanto de movimientos como de inteligencia, y le gustaban más los problemas gastronómicos que los puramente personales.

Cuando hubo leído el informe redactado por el teniente Byrnes sintió que la tierra temblaba bajo sus anchas posaderas.

—No resolverá usted este crimen ni en mil años —barbotó consternado.

—Por lo menos, haré cuanto pueda, jefe.

—Se necesitaría un «verdadero» experto, Byrnes.

—Oiga, ¿puede decirme qué soy yo?

—No sea quisquilloso. Usted es sólo un novato y lo sabe.

—Hice todos los cursos con las mejores calificaciones. Incluso en Quántico me...

—No me cuente su biografía —cortó el jefe Burke, fastidiado—. Dígame tan sólo qué piensa usted de esas misteriosas huellas lisas, ¿eh?

—No pienso nada. Es sólo un truco. Las que aparecieron en la caja fuerte eran aún más claras que las del despacho y carecían también de crestas cutáneas. Algunas de éstas de la caja incluso tenían restos de sangre del profesor. Me preocupa mucho más el paradero de ese cuaderno de tapas negras, jefe.

—Eso es accesorio, teniente.

—No opino yo así.

—¡Maldita sea! Sus opiniones no me sirven para solucionar el crimen. Usted tiene un empleo seguro, con nómina, contrato y todo lo demás. Mi puesto es electivo, ¿sabe?

—Ahí le duele, ¿eh, jefe? Si quedan crímenes sin resolver los electores quizá elijan a otro para el puesto de jefe de policía en las próximas elecciones...

El jefe Burke soltó un bufido que sonó lo mismo que el escape de vapor de una locomotora.

—¿Está usted pensando en presentarse para ese cargo, teniente? Su voz sonó letal, helada.

Byrnes sacudió la cabeza.

—Ni con doble sueldo, jefe. Prefiero la tranquilidad y la paz.

—¡Pero con poco trabajo! Largo de aquí y tráigame resultados, si puede.

Ken Byrnes suspiró al dirigirse a la puerta.

—El día menos pensado, jefe, va a darle un infarto como siga usted así —comentó.

Cerró la puerta rápidamente para ahogar la gruesa palabrota que le dedicó su iracundo superior.

El sargento Paige estaba esperándole con un manojo de papeles en la mano.

—He reunido los historiales de esos científicos. Hasta ahora son intachables.

—¿Y la secretaria?

—Poco más o menos lo mismo. Ni siquiera sus vecinas solteras tienen nada que decir de ella, que ya es raro.

—O sea, que hemos conseguido una gran cantidad de nada.

Paige se encogió de hombros por toda respuesta.

Pensativo, Byrnes refunfuñó:

—Me gustaría saber exactamente qué contenía ese cuaderno desaparecido...

—A mí me gustaría más aún saber cómo diablos imprimieron aquellas huellas.

—Olvídelo. Eso no lo sabremos hasta que le echemos el guante al asesino. En cambio, si pudiésemos conocer el contenido de ese maldito cuaderno tal vez fuera posible pensar en alguien que fuera capaz de sacarle jugo, si entiende lo que quiero decir.

El sargento no acabó de entenderlo, pero lo dejó correr. Entregó los informes a su jefe inmediato y se largó.

Ken Byrnes desperdició más de media hora leyendo todo aquel cúmulo de datos sin aparente valor material para la investigación. Acabó dándole la razón al jefe Burke: se necesitaba un auténtico experto para resolver ese problema.

—Se supone que yo lo soy —gruñó casi en voz alta.

Dejó los papeles esparcidos encima de su mesa de trabajo y abandonó la jefatura. Tomó su coche y se dirigió hacia la casa del crimen.

Dejó atrás el distrito residencial y se encaramó pollos hermosos paseos de la colina. La casa se alzaba casi en lo más alto. Era una edificación del siglo pasado, con una mezcla de estilos que enorgullecía a los habitantes de la población. El profesor la había reformado en parte, aunque casi exclusivamente en su interior, para hacerla más confortable, además de instalar el laboratorio en lo que fueran destartalados sótanos.

Cuando evolucionó con el coche en la explanada que se abría frente a la fachada principal, vio tres coches parados a un lado. Grandes vehículos de lujo, para gentes respetables.

Un poco más allá había un estilizado «Corvette» de la última serie salida de las fábricas de Detroit. Era de color crema y al lado de los brillantes *sedans* negros y grises detonaba como una explosión de color.

Byrnes aparcó su «Mustang» al lado del «Corvette», subió al amplio porche y antes que pudiera llamar a la puerta ésta se abrió, mostrando una visión en primer plano de la despampanante señorita Gray.

Byrnes se detuvo junto a ella.

—Le vi llegar desde la ventana —dijo la muchacha—. ¿Ha descubierto algo interesante?

—Nada.

—Eso no es muy alentador.

—Estas cosas llevan tiempo. ¿Está usted muy ocupada?

—Estaba poniendo orden en el despacho. Alguien habrá de hacerse cargo de las propiedades del profesor y quiero tenerlo todo perfectamente clasificado.

Cerró la puerta cuando él hubo entrado. Señalando por encima del hombro hacia el exterior, Byrnes preguntó:

—¿Pertenecen a los ayudantes de su jefe esos acorazados amarrados bajo el sol?

—¿Acorazados...? Oh, los coches... Sí, ciertamente.

—Les gustan las cosas caras, ¿eh?

—¿Y a quién no? Venga, estaremos más cómodos en el despacho.

—Supongo que lo habrán limpiado...

—Por supuesto. El profesor tenía una asistenta que venía todos los días...

—Lo sé, fue ella quien lo encontró.

El despacho estaba en orden y ya no quedaba ni rastro del macabro despojo que había contenido sólo unas horas antes.

Sobre la mesa se amontonaban grandes fajos de documentos y *dossiers* clasificados en carpetas amarillas.

Ken Byrnes se hundió en una butaca. La bellísima secretaria lo hizo frente a él, cruzó las piernas y el policía sintió cómo subía rápidamente la temperatura. Aquella dama tenía unas piernas de un trazo soberbio, exquisito, desde los tobillos a los muslos. Pensó que le hubiera gustado mucho comprobar si más arriba continuaba aquella perfección...

—¿Y bien? —le espetó la muchacha, sacándole de su abstraída contemplación.

—Se me han ocurrido algunas preguntas que quizá usted pueda responder.

—¿Por qué yo? Abajo están tres de los doctores ayudantes del profesor. Pienso que ellos están en mejores condiciones de ayudarle, si su interés se centra exclusivamente en el profesor Karch.

—Usted era su secretaria. ¿O no?

—Por supuesto que lo era.

—Entonces, es con usted con quien quiero hablar.

—Está bien, teniente.

—Primero, ese cuaderno de tapas negras. ¿Cuánta gente estaba enterada de que existía, de que el profesor anotaba en él todos sus experimentos, sus fórmulas, los resultados, en fin, de todos sus trabajos?

—Bueno... supongo que cuántos colaboraban con él.

—¿Nadie ajeno a los trabajos?

—No veo cómo nadie fuera de esta casa podría saberlo.

—Quizá por una indiscreción... Ya sabe lo que quiero decir. Usted misma pudo hablarle a alguien de eso, comentando esa rareza de su jefe.

Ella sacudió su larga y hermosa melena.

—No acostumbro hablar de mi trabajo fuera de aquí.

—Pero la posibilidad existe. Cualquiera de los ayudantes pudo...

—Pudo mencionar que el profesor anotaba sus trabajos en ese cuaderno. Pero no pudo decirle a nadie el valor que tenían, ni cómo proseguir los experimentos por su cuenta, ni la naturaleza de las anotaciones, y mucho menos cómo descifrarlas. Ya le dije que el profesor era completamente anárquico en sus anotaciones. Incluso para un buen profesional de la investigación, habrían sido casi tan indescifrables como un jeroglífico etrusco.

—Entonces, según usted, ese cuaderno no le sirve de nada al asesino...

—No puedo pensar qué cree que conseguirá con él.

—Cambiemos de tema. ¿Tenía familia el profesor?

—Que yo sepa, sólo una hermana que vive en Nueva York. Le envié un telegrama notificándole lo ocurrido.

—¿Nadie más?

—Si hay otros parientes, yo no los conozco ni oí nunca que él los mencionara.

—He sabido que estuvo casado...

—Era divorciado. Casi nunca hablaba de su matrimonio, ni creo que supiera dónde residía su exesposa. Se divorciaron hace más de quince años y ella volvió a casarse poco después, de modo que por lo que concierne al testamento, si lo hay, ella no debe contar para nada.

Byrnes gruñó:

—Uno tras otro van cerrándose todos los caminos. Casi podría pensarse que el crimen ni siquiera se cometió ante esta falta de motivaciones, si descartamos el maldito cuaderno de notas...

—Quizá el asesino se equivocó.

—¿Se equivocó de víctima quiere decir? Olvídelo, la manera como lo mató descarta esa hipótesis.

—No de víctima, teniente. Quiero decir que tal vez se equivocó al robar el cuaderno. Quizá pensó que podía utilizar las fórmulas del profesor. Pudo ser alguien que conociera la existencia del libro, pero que ignorase la verdadera naturaleza de las anotaciones.

—Eso es poco probable. Ni siquiera un loco de remate comete un crimen por una cosa problemática, que no tiene la seguridad de poder realizar, si es un demente violento, mata sin discriminación. Y si sólo quiere que creamos que está loco, entonces hemos de suponer que sabía perfectamente lo que andaba buscando, o de lo

contrario no lo hubiera matado.

Midge arrugó el ceño. Hubo de admitir que él tenía razón, pero antes que pudiera hablar, un leve zumbido le hizo volverse hacia la mesa.

Conectó un intercomunicador.

—¿Qué ocurre?

Una voz tensa dijo:

—Será mejor que venga a dar un vistazo aquí, Midge. Tenemos problemas con ese maldito animal.

—¿Qué animal?

—Un cobaya.

—Ahora voy.

Desconectó el aparato y se levantó.

Ante la mirada intrigada del policía explicó:

—Sólo yo, aparte del profesor, atendíamos a los cobayas. Iré a ver...

Byrnes la siguió escaleras abajo hasta el laboratorio. Ronaldson, De Witt y Gardland estaban allí con cara perpleja.

De Witt señaló la puerta del fondo después de saludar al policía y dijo:

—A ver si logra saber qué le pasa a ese animal, Midge. Está como loco.

—¿Le han excitado ustedes acaso?

—Diablos, no. Oímos un alboroto en una jaula y fuimos a dar un vistazo.

La joven se dirigió a donde estaban las jaulas de los cobayas. La oyeron soltar una exclamación y De Witt gruñó:

—Espero que ella sepa qué hacer.

Byrnes fue a dar un vistazo a las jaulas. Midge estaba parada ante una de ellas, en actitud de absoluto desconcierto.

Dentro de la jaula, aquella especie de enorme rata que era el cobaya, se lanzaba una y otra vez contra los barrotes, gruñía y se agitaba de un modo increíblemente violento. De vez en cuando trataba de morder con ferocidad las tiras de grueso alambre, casi doblándolas con una fuerza completamente impropia de un animal de aquel tamaño, y sobre todo, del natural pacífico de los cobayas.

—¿Qué le pasa a ese animal, lo sabe usted, Midge?

—No... Es increíble. No había sucedido jamás una cosa

semejante.

—Fíjese en sus ojillos.

—Ya los vi. Están enrojecidos..., parecen los de una fiera...

Se inclinó para tomar la cartulina que colgaba de la jaula y la examinó.

—El profesor lo tenía sometido a observación —murmuró—. Trabajó con él hace dos días inyectándole una segunda dosis de su fórmula.

Tras ellos, el doctor Ronaldson dijo:

—Se equivoca, Midge. El cobaya que utilizó el profesor hace dos días murió. Lo había introducido en esa cámara de cristal y cuando yo llegué lo vi muerto. No vi que sacara a ningún otro en el resto del día.

—Entonces, habríamos de creer que se equivocó al realizar estas anotaciones.

—Pudiera ser, porque yo estoy absolutamente seguro de lo que vi. El no volvió a utilizar ningún otro cobaya.

—¿Qué hizo con el que estaba muerto?

—Supongo que lo llevaría al crematorio.

Midge parecía muy preocupada por el salvaje comportamiento de aquel animal.

De pronto dijo:

—Yo tampoco recuerdo haberle visto trabajar con ningún cobaya... y eso es muy raro, Ronaldson. El no permitía incinerar ningún animal sin haber comprobado exhaustivamente las causas de la muerte. ¿No lo guardaría en la nevera, esperando investigarlo más tarde?

—Iré a ver.

Al quedar solos, Byrnes indagó:

—¿Tan importante es un bicho de esos, muerto?

—Lo es si puede revelar la causa de su muerte, sobre todo si no estaba previsto que muriera.

—¿También los resultados de lo que hiciera con ese cobaya están en el cuaderno desaparecido?

—Con toda seguridad.

Ronaldson volvió con cara preocupada.

—Lo guardó —dijo—. Me sorprende, porque es un ejemplar viejísimo.

—¿Cómo que viejo? —Midge estaba tan sorprendida como el científico—. No tenemos animales viejos y usted lo sabe. Han de ser jóvenes y vigorosos para que sirvan.

—Pues ese de la nevera se ve a simple vista que ya dejó la juventud muy lejos.

Midge se estremeció.

—Doctor..., ¿le importaría hacer un pequeño trabajo?

—Lo que quiera, Midge. Hemos terminado de ordenar todo eso y me disponía a marcharme. Pero lo haré. ¿De qué se trata?

—Del cobaya muerto. Me gustaría saber por qué murió, y qué edad tenía.

Ronaldson se encogió de hombros.

—Eso no es nada complicado.

Y se fue a demostrarlo.

Midge parecía haber olvidado incluso la presencia del teniente. Con voz distante murmuró al regresar al laboratorio:

—Si no tiene más preguntas que hacer, teniente, Je agradeceré que...

—Comprendo. Gracias por haberme atendido, pero volveremos a vernos, señorita Gray.

Salió de la casa y mientras maniobraba con el coche para apartarse del «Corvette» pensó que había hecho un gran despilfarro de tiempo para obtener lo mismo que el sargento:

Una gran cantidad de nada...

CAPÍTULO IV

El teléfono estaba llamando cuando la muchacha abrió la puerta del *bungalow*.

Corrió al aparato y descolgándolo murmuró:

—Hable...

—¿Niky?

—Acabo de llegar, querido... Creí que ya estarías aquí. ¿O me he adelantado?

—No, quedamos a esa hora, pero habrás de esperarme un poco. Acabo de recibir una llamada y debo acudir a la casa.

—Pero ¿aún queda alguien allí después de la muerte del profesor?

—Desde luego, no vive nadie, pero mantenemos el laboratorio en marcha porque había algunos experimentos que no pueden interrumpirse. Reacciones de fórmulas a largo plazo y cosas así... Me reuniré contigo lo antes posible, cariño. Espérame.

—De acuerdo. Ya había pensado quedarme aquí toda la noche.

—Buena chica.

Colgó con un suspiro y fue a cerrar la puerta. Encendió una discreta lámpara de pie y conectó la televisión en color.

Después fue al aparato donde estaban las bebidas y con la música del aparato sonando suavemente sorbió un *whisky* con hielo.

Llevándose el vaso en la mano fue a sentarse en el diván, dispuesta a pasar el tiempo disfrutando del espectáculo multicolor de su programa preferido.

Apuró el *whisky* y dejó el vaso. Buscó un cigarrillo, que se llevó a los labios.

Antes de que pudiera encenderlo sus ojos giraron en las órbitas y cayó de bruces derribando la mesita y el vaso vacío.

Durante unos minutos todo permaneció quieto, bañado por los

reflejos del televisor y la pálida luz de la lámpara de pie.

Después, una mano que pareció desgajarse de la penumbra apagó el aparato. En el silencio que siguió pudo percibirse la forzada respiración de la muchacha caída sobre la alfombra.

La lámpara, también se apagó y las tinieblas descendieron como un manto denso y espeso.

Unos pies se movieron sin prisa por encima de la alfombra. Se detuvieron junto a la muchacha y la siniestra figura negra estuvo parada allí una eternidad.

Al fin, agarró a Niky y a rastras se la llevó hacia el dormitorio.

Toda la ropa de la cama había sido arrojada a un lado, con el colchón incluido. Niky fue tendida sobre el somier metálico, y sin la menor prisa, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, la oscura sombra procedió a atar con cuerdas de nilón las manos y los pies de la muchacha, de modo que cuando terminó, ella quedaba sujeta a la cama, formando una gran x.

Las manos que parecían moverse en la oscuridad como guiadas por el poder del infierno la amordazaron, sin que Niky diera señales de vida.

Unos minutos más tarde, parpadeó. Abrió los ojos, aturdida, y quiso llevarse las manos a la cabeza. Descubrió que estaba sujeta y giró la mirada alrededor.

El miedo comenzó a hacer presa en ella. Sus ojos se desorbitaron, incrédulos ante aquella situación que no comprendía.

—Entonces oyó el rumor al otro lado y giró la cabeza.

En las tinieblas chispeó la larga hoja de acero de un afilado estilete. El pánico la paralizó y quiso gritar, | pero a través de la mordaza sólo brotó un ronco estertor horrorizado.

La voz que surgió de las sombras era ronca y chirriante. Dijo:

—¿Estás cómoda, querida?

Ella intentó debatirse, tirando de las cuerdas con toda la fuerza de la desesperación. Oyó la risa siniestra y vio acercarse el cuchillo y la negra silueta que lo empuñaba.

—¡Perra! ¿Creíste salirte con la tuya, obtenerlo todo sólo con tu cuerpo, con tu cara bonita...?

Niky sacudió la cabeza frenéticamente. Veía el cuchillo cada vez más cerca, y el horror que se escondía en las tinieblas, informe y siniestro, se le antojaba un monstruo producto de una pesadilla a

pesar de no distinguir de él absolutamente nada.

La punta del cuchillo se apoyó bajo su garganta, en el nacimiento del cuello. Sintió la helada y mortal caricia del acero y de pronto ya no fue frío, sino ardiente como las llamas del infierno al hundirse leve y punzante, unos milímetros.

Un dolor agudo la sacudió. Pero los aullidos sordos que pugnaban por brotar debajo de la mordaza eran más de horrorizado pánico que de dolor.

El cuchillo empezó a deslizarse hacia abajo, hacia los senos, abriéndose paso con su aguzado filo, cortando la blusa, la piel, los tejidos, abriendo, un surco rojo en el que empezó a burbujear la sangre.

El cuerpo de Niky se tensó como un cable, sin que el acero se detuviera. Llegó al estómago, siempre hundido lo justo para abrir las carnes sin causar la muerte, y siguió descendiendo despacio, más y más...

Niky llamaba a la muerte a gritos que no lograban atravesar la mordaza. Sólo un bronco gruñido, y el agitarse enloquecido de su cabeza y de todo su cuerpo, mientras el torrente de sangre inundaba su propio cuerpo, sus ropas, y goteaba al suelo.

La muerte negra que se inclinaba sobre ella se le aproximó más también, ante los desorbitados ojos de Niky... Y de pronto esos ojos vieron el rostro de la muerte y casi saltaron fuera de sus cuencas.

Todo el dolor y todo el horror experimentado hasta entonces no fueron nada, comparado con la infernal y horrenda sacudida que le llegó hasta el fondo del cerebro, hasta los más atroces abismos del horror y la insania...

Brotó una ronca carcajada de la oscuridad. El cuchillo se apartó de la carne abierta y con la demencial risotada empezó también el sangriento delirio.

CAPÍTULO V

El jefe Burke tenía cara de pocos amigos cuando Byrnes entró en su oficina.

—¿Es que no piensa acostarse hoy, jefe? Son casi las doce...

—Ni siquiera pude cenar. El alcalde quería saber qué progresos habíamos hecho. Ese par de chupatintas del periódico de la noche querían saber qué progresos habíamos hecho. Un reportero y un fotógrafo del diario de la mañana querían, saber...

—Qué progresos habíamos hecho —le remedó Byrnes, fastidiado, interrumpiéndole—. Espero que haya podido sacárselos de encima sin mayores problemas.

—Si lo he conseguido no ha sido precisamente con su ayuda, Byrnes.

—Estuve muy ocupado.

—No haciendo nada, supongo.

—Mire, estoy tan fastidiado como usted por todo este asunto. Es cosa de locos..., hasta los cobayas pierden la chaveta en aquel maldito laboratorio.

—¿Cobayas?

—Ya lo vi, jefe. Se había vuelto loco.

—Un cobaya...

—Sí, jefe.

Burke se levantó poco a poco, las manos apoyadas sobre la mesa y los ojos saltándole de la cara.

—¡Si cree que puede burlarse de mí es usted quien está para que le encierren, Byrnes! —rugió, congestionado.

Byrnes suspiró resignadamente. Acercó una silla y sentándose encendió un cigarrillo, a la espera de que amainara el temporal.

Cuando el jefe Burke se quedó sin aliento y volvió a derrumbarse sobre su sillón, el teniente dijo:

—Lo crea o no, aún no he podido cenar. Ni un mal bocadillo...

Está bien, no se levante otra vez. El profesor no era tan tranquilo e intachable como todos creíamos.

—¿Be qué mil diablos está hablando ahora? Bocadillos, el profesor...

—Tenía una amiguita.

—¿El profesor Karch?

—Ni más ni menos.

—Ahora sí que creo que está usted para que le aten...

—Se llama Jeannie Appel. Se reunían de vez en cuando en una cabaña que el profesor poseía en el lago. No muy a menudo, ésa es la verdad. Quizá una vez al mes..., un fin de semana, cuando todo el mundo estaba convencido de que el profesor se iba de pesca. Bueno, había pescado una sirena.

—No lo creo.

—Es cierto, jefe. Vine para que hable usted con el juez. Necesito una orden de registro de la vivienda de esa dama..., sólo por si está allí el cuaderno desaparecido. Es una posibilidad, remota si usted quiere, pero la única que tengo de momento.

—Oiga, Byrnes, hasta ahora, usted ha estado seguro de que el crimen se cometió para robar el cuaderno de fórmulas, o lo que sea que contiene...

—Y sigo estándolo.

—¡Maldita sea! No se contradiga usted mismo. ¿Cree usted que una mujer pudo cometer aquella espantosa carnicería?

—Bueno, no parece probable, pero de cualquier modo quiero registrar el apartamento de esa dama.

—Muy bien, hablaré con el juez ahora mismo.

Ken se levantó. Se sentía cansado, fastidiado y hambriento.

Entonces se le ocurrió algo más y dijo, cuando el jefe levantaba el auricular del teléfono:

—Oiga..., ¿ha visto usted el informe del forense?

—Ésta es otra... Sí, lo he leído.

—El carnicero oficial asegura que el profesor fue primero narcotizado, y que después le inyectaron ese derivado del «suero de la verdad». ¿Por qué tantas complicaciones?

—¡Maldita sea, teniente! Ésta es la pregunta que yo le hago a usted. ¿Por qué?

—Ya veo...

Byrnes abrió la puerta y salió zumbando.

CAPÍTULO VI

Llamó al timbre y esperó. Aún le zumbaban los oídos por el estallido del juez que había extendido la autorización de registro, indignado por haberlo sacado de la cama pasada la medianoche.

Por lo visto, todo el mundo quería acostarse temprano, y Byrnes pensó que con lo que le dolían los pies también le habría gustado a él.

Volvió a llamar y al fin se oyó el roce de unos pies dentro del apartamento.

Una voz queda preguntó:

—¿Quién es?

—Policía, señora.

—¡Oh!

La puerta se abrió todo lo que dio de sí la cadena de seguridad y una cara tensa y pálida asomó, mirándole con evidente recelo.

—Quiero ver sus credenciales —dijo la mujer.

—Claro.

Se identificó y sólo entonces ella abrió la puerta.

Era una mujer de unos cuarenta años, pero eran cuarenta años muy bien llevados. Tenía un cuerpo de matrona de Rubens, una cara bonita y tersa y unos ojos inteligentes y alarmados.

—Estaba segura que acabarían por saberlo —musitó.

—Saberlo... ¿Saber qué?

—Mis relaciones con Walter..., el profesor Karch.

—Esas cosas siempre salen a la luz en un caso como éste.

—Bueno, entre.

Le guió hasta una sala de estar cómoda y acogedora.

La mujer envolvía su rotundo cuerpo en una bata casera de color azul, sujeta por un ancho cinturón blanco. Miró serenamente a Byrnes cuando ambos se sentaron frente a frente.

El dijo:

—Creo que usted es una mujer lo bastante inteligente para no tener que andarnos por las ramas. Sé que tenía relaciones íntimas con el profesor Karch. ¿Desde cuándo le conocía?

—Hace años... Siete u ocho, creo.

—¿Se llevaban ustedes bien?

—Magníficamente. Walter era el clásico sabio despistado... —se interrumpió al quebrársele la voz. Byrnes vio que estaba a punto de echarse a llorar.

Ya debía haberlo hecho abundantemente porque en torno a sus bonitos ojos había oscuros círculos sombreándolos, y un rictus de cansancio en las comisuras de la boca.

—Tómese tiempo —gruñó el policía—. Esto no es un tercer grado.

—Creo que ya no me quedan lágrimas. El era el mejor hombre del mundo, por lo menos para mí. Eso hace que haya sentido mucho más su muerte...

Byrnes esperó con paciencia. Ella prolongó la pausa casi un minuto, mientras encendía un cigarrillo y ordenaba sus pensamientos.

Luego prosiguió:

—Al principio sólo nos encontrábamos alguna tarde en un bar. Hablábamos... O mejor dicho, él hablaba. Yo empecé siendo para él como una válvula de escape. ¿Comprende? Venía a mí y hablaba de cualquier cosa, lo más opuesta a su trabajo que podía hallar. En aquellos meses había algo en su vida que le mantenía tenso y apenado, pero nunca quiso hablarme de eso. Luego nos dimos cuenta de que los dos vivíamos demasiado solos y... Bien, tal como usted ha dicho antes, no necesitamos andarnos por las ramas. Me convertí en su amante.

—Los dos eran libres, supongo, así que...

—Lo éramos. El se había divorciado hacía años. Un matrimonio desgraciado. Yo era viuda desde cinco años antes de conocerle a él. Sí, éramos dos seres completamente libres, y lo crea usted o no, llegamos a amarnos profundamente.

—Si es así, ¿por qué no pensaron en legalizar su situación?

—Ya salió aquello. Lo cierto es que él tenía una experiencia muy amarga del matrimonio. Nunca me lo propuso y yo ni siquiera se lo insinué ni una sola vez. Walter compró una bonita cabaña en el lago

y nos reuníamos allí con frecuencia los primeros años. El era mucho mayor que yo, pero sus atenciones resultaban encantadoras, hacía que me sintiera tan cómoda a su lado, tan segura y protegida... No creo que pueda usted comprenderlo... es demasiado joven para eso... ¿Me dijo su nombre al entrar?

—Me parece que no. Soy el teniente Byrnes, Ken Byrnes.

—Gracias. ¿Qué más quiere saber?

—¿Le hablaba el profesor de sus trabajos, de los experimentos que llevaba a cabo en su laboratorio?

—Nunca. Cuando venía a mí lo olvidaba todo, se relajaba y era feliz. Tampoco permitía que yo sacara a relucir el tema de su trabajo.

—Pero alguna vez mencionaría su sistema de trabajo precisamente, le hablaría de cómo anotaba sus experiencias en un cuaderno que sólo él manejaba...

Ella sacudió la cabeza.

—No, teniente... ¿Un cuaderno de notas dice usted? Estoy segura de que nunca lo mencionó.

—Apenas puedo creerlo. Si pasaron tantas horas juntos alguna vez saldría a relucir su trabajo.

—No lo entiende usted. El no hablaba de su trabajo.

A veces quedaba callado, con la mirada perdida en el lago, o los bosques, y transcurrían horas antes de que volviera a este mundo. Yo sabía que en esas condiciones él deseaba permanecer en silencio y no le molestaba. Preparaba las bebidas, buscaba un buen libro y me quedaba cerca de él, leyendo, fumando y bebiendo. Todo era así de sencillo.

—Comprendo...

Se interrumpió cuando llamaron a la puerta. Con una mueca, Byrnes dijo:

—Debe ser el sargento Paige. Dejé recado de que viniera aquí cuando regresara a jefatura.

—¿Creyó usted que iba a necesitar refuerzos para manejarme?

—No se burle. Traje conmigo un mandato judicial para registrar la casa.

—Ya veo...

La mujer fue a abrir y regresó acompañada del soñoliento Paige.

—Ya tiene la ayuda que esperaba —dijo, disgustada—. ¿Por

dónde piensan empezar?

Byrnes sacudió la cabeza.

—He cambiado de idea —gruñó—. No es usted como la imaginé en un principio.

—¿Qué había imaginado usted, encontrarse concuna prostituta de más o menos postín? Nunca admití un céntimo de Walter. Poseo mis propias rentas, teniente.

—Yo no...

—De cualquier modo, ahora ya nada de eso importa. El... él está muerto.

De nuevo se le quebró la voz.

Paige la contemplaba intrigado, y miraba de reojo a Byrnes como esperando instrucciones.

—Usted ha dicho algo de que el profesor estaba tenso, preocupado o apenado...

—Oh, eso era cuando nos conocimos, hace ocho años. Sí, era un hombre todo nervios y con una profunda tristeza en la mirada. Luego cambió. Yo me sentí muy feliz al lograr aquel cambio.

—¿No le dijo nunca por qué estaba tan triste?

—No, ni yo se lo pregunté.

—Ahora debo hacerle una pregunta obligada, señora Appel... ¿Dónde estuvo usted hace dos noches?

—La célebre coartada y todo eso —murmuró ella con amargura—. Estuve aquí, sola. Vi el programa de la televisión local y me acosté. No tengo ningún testigo, teniente.

—Claro. Por regla general, no se tienen testigos para cuando más se necesitan.

Byrnes se levantó. Por alguna extraña razón que no supo explicarse, sentía un profundo respeto por aquella mujer. Tal vez fuera por la dignidad con que soportaba la pena, o por su sinceridad quizá.

—Es posible que deba usted prestar declaración oficial —dijo como despedida—. Pero trataré de evitarlo.

—Le agradecería mucho que pudiera hacerlo, teniente. La gente... Ya sabe.

—Claro.

Llegaban a la puerta cuando el teléfono empezó a sonar.

Ella murmuró una disculpa y los dejó solos.

Paige rezongó:

—Es usted un sentimental, teniente.

—Es posible, lo que no soy es ningún tonto.

—Pero el jefe querrá saber el resultado del registro.

—Bueno, habrá sido negativo, ¿no le parece?

El sargento soltó un bufido.

Jeannie Appel reapareció, anunciando:

—Es para usted, teniente. Le llaman de jefatura.

—Dejé dicho que estaría aquí. Disculpe.

Tomó el teléfono y oyó la voz del sargento de servicio.

—Comunican que se ha cometido un asesinato en un *bungalow* del distrito de Florence Hill, teniente.

—Bueno, ¿no había nadie ahí para ocuparse de eso?

—Sí, pero el tipo que llamó denunciándolo preguntó por usted. Anoté el nombre... Se llama Samuel Granvy.

Byrnes dio un respingo.

—¿Está seguro?

—Completamente. Envié un coche patrulla antes de llamarle.

—Claro... ¿Qué fue lo que dijo ese individuo?

—No mucho. Estaba histérico perdido. Sólo preguntó por usted a gritos. Luego dijo que la habían matado..., que estaba allí, muerta... Eso fue todo...

—Está bien. Dame las señas de ese *bungalow*.

Las escuchó y colgó de golpe.

—Adiós, señora. Ha sido usted muy gentil al no ponerse a chillar por lo intempestivo de la hora y todas esas cosas.

Estrechó la cálida mano de la mujer y salió disparado, seguido del sargento.

Mientras descendían a la calle apresuradamente, tuvo el palpito, la corazonada, de que ese nuevo crimen iba a ser mucho peor que el primero.

En eso no se equivocó.

CAPÍTULO VII

Era infinitamente peor.

No sólo porque esta vez la víctima fuera una mujer, sino por la manera cómo la habían matado.

Paige balbuceó, conteniendo las náuseas:

—Es como si hubieran querido separar la carne de los huesos...

Giró sobre los pies y voló hacia el jardín, ahogándose.

Byrnes estaba casi tan trastornado como Paige, pero logró reponerse y abandonando el dormitorio se dirigió a la salita de estar, donde el doctor Granvy permanecía, hundido en el diván, con la cara oculta entre las manos. Temblaba de arriba abajo.

—Está bien, doctor —gruñó el teniente sentándose frente a él—. Cuénteme.

El altivo científico apenas si le dirigió una mirada fugaz, desorbitada. Estaba lívido.

—¿No lo ha visto usted? —jadeó—. Entonces no hay nada más que contar. Es... es algo insensato, espeluznante.

—En eso tiene razón, pero sí tiene mucho que contar. Empiece por decirme quién era esa pobre chica, si vivía aquí, qué vino a hacer usted a semejantes horas de la noche, qué relación tenía con ella... y luego aún encontraré cien preguntas más para que usted me responda.

Al fin, Granvy levantó la cabeza. Una chispa de ira alumbró sus ojos asustados, producto de su orgulloso carácter.

—Tal vez piensa acusarme a mí de esa bestialidad, teniente —barbotó.

Byrnes le miró de arriba abajo.

—Si lo hubiera hecho usted, debe haberse cambiado de ropa y tomado una buena ducha para librarse de toda la sangre que debe haberle salpicado.

—¡Cállese, maldita sea!

—Entonces, hable usted.

Samuel Granvy rechinó los dientes de ira mal contenida.

—Nunca he soportado que nadie me hablara en ese tono —bufó, colérico.

—Tal vez sea porque hasta ahora no le había interrogado la policía. ¿Quién era esa chica, cómo se llamaba?

—Niky Powell... Yo... Bueno, ella y yo...

—Se entendían —terminó Byrnes al ver que adiaba.

—Eso suena mal, dicho por usted.

—Pero es la verdad. ¿O no?

—Está bien, nos reuníamos en este lugar de vez en cuando. Era... era una buena chica. Sobre todo, discreta.

—Supongo que ésa sería la cualidad que usted más valoraría de ella, ¿no?

—Por supuesto. Un hombre de mi posición debe andar con pies de plomo en esta clase de asuntos. Un escándalo podría hundir mi carrera.

—¿Es usted casado? Porque si lo es, los informes que reunimos sobre su vida están lamentablemente equivocados.

—No, no estoy casado.

—Entonces, ¿dónde estaba el riesgo?

—En mi nombre, en mi prestigio social... Oh, ya veo que un tipo cómo usted no puede comprender eso.

Byrnes resopló con fastidio.

—Cuénteme qué pasó esta noche. ¿Se habían citado aquí?

—Ciertamente, pero poco antes de salir para reunirme con Niky, me llamaron por teléfono, citándome con urgencia en el laboratorio.

—¿Quién?

—Midge Gray, naturalmente.

—¿La secretaria?

—Claro.

—Siga.

—Esperé unos minutos, llamando aquí a intervalos hasta que pude hablar con Niky y le dije que llegaría un poco tarde. Quedamos que me esperaría, y yo acudí al laboratorio.

—¿Para qué le habían llamado? ¿Tal vez a causa del cobaya loco?

Granvy le miró asombrado.

—¿Qué diablos es eso de un cobaya loco? Los cobayas son los animales más pacientes y tranquilos de la creación. No, nada de cobayas. No había nadie allí y la casa estaba cerrada. Todos nosotros tenemos llaves, de modo que entré y esperé. No vino nadie.

—¿No le pareció muy extraño eso?

—Más bien me enfureció. Intenté adivinar qué se proponía Midge al llamarme, pero no llegué a ninguna conclusión. Cuando me cansé de esperar vine aquí y... encontré... ¡Oh, Dios!

Volvió a cubrirse la cara con las manos al recordar el horrendo espectáculo que se ofreció a sus ojos cuando entró en el dormitorio.

Byrnes le dio tiempo. Trataba de comprender algo del comportamiento del asesino, pero era una conducta sin pies ni cabeza.

Cuando el científico se calmó, el teniente le llamó...

—Usted asegura que fue Midge Gray quien le llamó.

—Sí.

—¿Reconoció la voz por teléfono?

—¿Su voz? Bueno, dijo que era Midge. ¿Para qué iba a perder tiempo pensando si era o no su voz? Lo di por sentado y ella había colgado antes de que pudiera ocurrírseme la menor duda.

—La señorita Gray tiene una voz profunda, enérgica. Piense en ello. ¿Cree que fue su voz la que sonó en su teléfono?

El científico arrugó el ceño en un esfuerzo por recordar.

—Podía ser otra persona, quizá —murmuró indeciso.

—¿Un hombre tal vez? Un hombre que disimulara la voz, claro.

—No creo... Sería muy difícil fingir la voz de Midge, aunque ésta sea profunda. Pero es intensamente femenina, si entiende lo que quiero decir.

—No cabe duda de que la cita en el laboratorio fue solo una excusa para apartarlo a usted de esta casa, de modo que sólo el asesino pudo urdir esa trampa. ¿No cree usted lo mismo?

—Naturalmente.

—Bueno, entonces habríamos de creer también que Midge Gray es quien ha cometido esa bestialidad... y la salvajada con el profesor.

—Es imposible.

—Entonces, ¿quién le llamó, un hombre o una mujer?

—¡Dios, no lo sé! La manera como plantea usted el problema me hace dudar... aunque yo juraría que era la voz de una mujer la que escuché por teléfono.

—¿La voz de Midge Gray?

—¡No lo sé! Ella dijo que lo era.

—¿Una voz de mujer, está seguro?

—¡Sí, maldita sea! Era la voz de mujer y dijo que era Midge.

—No me grite, doctor Granvy. Para gritos ya tengo suficientes con los de mi jefe. Quedamos que era la voz de una mujer.

—Sí, casi podría jurarlo.

—Entonces, el asesino tiene una cómplice, ¿eh?

—Eso debe ser.

—No lo creo. Ésta es la obra de un loco. Un tipo con su maldito cerebro apollillado. Esta clase de criminales no necesitan ayuda, ni siquiera piensan en buscar cómplices. Cuando les da la ventolera, matan y asunto terminado.

—Entonces, ¿qué? ¿Es una mujer el asesino?

Byrnes hizo una mueca desagradable. Encendió un cigarrillo y dio unos pasos de un lado a otro, contemplando cómo el sargento Paige guiaba a los peritos y fotógrafos hacia el sangriento dormitorio.

—Nuestro loco es un caso especial —replicó al fin, exhalando una nube de humo—. Un loco actúa a rachas, sin orden ni concierto. Sólo mata. Pero el nuestro no..., el nuestro elige sus víctimas, y éstas tienen cierta relación entre sí. El doctor y la amante de uno de sus ayudantes. ¿Por qué, Granvy?

—¿Cómo voy a saberlo? Oiga, ¿qué va a hacer toda esa gente?

—Buscar huellas, tomar fotografías... y vomitar, seguramente. Desde luego, hicieron todo eso y más.

Las huellas que localizaron eran lisas como un cristal.

Los dedos que las habían impreso carecían totalmente de las clásicas crestas cutáneas.

CAPÍTULO VIII

Sentado en la mesa de una terraza desde la que se veía el mar, Byrnes encendió su tercer cigarrillo antes de ver maniobrar el «Corvette» color crema de Midge.

Le hizo señas cuando ella se apeó, y al estrecharle la mano, dijo:

—Me alegro de que haya aceptado mi invitación, señorita Gray.

—Es algo bastante irregular por su parte, ¿no cree?

—Bueno, necesitaba hacerle unas preguntas y me pareció mejor este ambiente que volver a encerrarnos en el laboratorio... o en mi despacho.

—Yo también lo prefiero. Es un lugar muy agradable.

—A mí me gusta. Pero, siéntese, por favor.

Llamó al mozo y la muchacha pidió un gimlet bien helado.

Luego preguntó:

—¿Qué nuevas ideas le han dado respecto a mí, teniente?

Sin previo aviso, Byrnes soltó:

—Anoche se cometió otro crimen semejante al del profesor.

Ella dio un respingo. Bajo la suave capa de maquillaje el color huyó de sus mejillas.

—Otro crimen... —balbució—. ¿Quién fue la víctima, alguno de los ayudantes?

—La amante de uno de ellos.

—No comprendo... ¿Qué relación puede haber entre uno y otro?

—Lo ignoro. Pero la he llamado para hacerle una pregunta muy concreta. ¿Telefonó usted anoche, citando al doctor Granvy en el laboratorio?

—Por supuesto que no hice tal cosa. Nunca trabajamos por las noches, a excepción de las ocasiones en que el profesor necesitaba controlar de modo permanente la evolución de alguna de sus pruebas. ¿El dice que yo le llamé por teléfono?

—Asegura que le llamó alguien que se identificó como Midge

Gray.

—¡Es absurdo! ¿Por qué... por qué habría de hacer yo una cosa así?

La llegada del camarero demoró un poco la respuesta del teniente.

—Porque quería alejar a Granvy del escenario donde pensaba cometer el crimen.

Ella dio un sorbo a la bebida, pensativa y preocupada.

De pronto exclamó:

—¡Una mujer! ¿Fue una mujer la que lo llamó?

—El cree que era la voz de una mujer.

—Pero es absurdo pensar que una mujer matase al profesor del modo horrible como lo hizo. Leí los detalles en el periódico, ¿sabe? Casi me desmayé.

—Hubiera sido peor si hubiera visto el cuerpo. Y a la muchacha de Granvy la mataron de una manera aún más terrible.

—Ahórrese los detalles, por favor.

—Todo eso nos lleva a una conclusión. El asesino sabe perfectamente quiénes trabajan en ese laboratorio. Utilizó el nombre de usted para alejar al doctor Granvy. Incluso conocía el *bungalow* donde él y esa pobre chica se citaban... De un modo u otro, siempre volvemos al mismo punto de partida, Midge. El laboratorio.

—Lo que insinúa es horrible, teniente.

—No insinúo nada en absoluto.

—Usted sabe que, tal como plantea el asunto, es como si creyera que alguno de los que trabajamos allí fuera el asesino.

—Podría serlo. Ya le dije que podría ser cualquiera de ustedes, o cualquiera de los doscientos cincuenta mil habitantes de Silver Springs.

El dejó que reinara el silencio durante un buen rato.

El rumor de las olas, al convertirse, en blanco encaje de espuma casi a sus pies, producía una dulce sensación de placidez, de bienestar, diametralmente opuesto al sórdido tema de su conversación.

Luego, también bruscamente, Byrnes soltó:

—¿Sabía usted que el profesor tenía una amante?

Midge suspiró.

—Tenía la esperanza de que no lo descubriesen ustedes.

—Así que lo sabía y no me habló de ello.

—¿Por qué? Debe estar sufriendo de un modo terrible. Esa mujer amaba al profesor, estoy segura. Y él a ella. Yo podía saber cuándo acababa de separarse de su amiga con sólo ver la luz en sus ojos.

—Se reunían en una cabaña propiedad del profesor, en el lago.

—Ya lo sé.

—¿Se lo había dicho él mismo?

—Sí. Fue durante el inicio de su último trabajo, hace meses. Me pidió que me quedara en el laboratorio de modo permanente para vigilar el proceso de una prueba química. Entonces me dijo que si ocurría algún imprevisto con los líquidos en observación, podría encontrarle en esa cabaña. Hay teléfono allí. Después, cuando regresó, me contó su amistad con esa mujer, una amistad de muchos años.

—Ya veo.

—Sería absurdo sospechar de ella, teniente, por eso no quise delatarla, para evitarle más pena de la que ya debe experimentar.

—Es una mujer muy serena, pero muy apasionada al mismo tiempo. Pienso que el doctor Karch tuvo mucha suerte al conocerla.

Midge esbozó una sonrisa.

—Para ser policía, es usted muy raro, teniente.

—¿Usted cree?

—O quizá se trate de que sólo es un sentimental.

—Eso mismo dijo el sargento —rió Byrnes.

—Pero es bueno tener sentimientos, teniente. Por lo menos, eso creo yo.

—Llámeme por mi nombre, por favor. Podré hacerme la idea de que este encuentro no es oficial, ¿comprende?

—Claro. Se llama Byrnes, creo.

—Ken para usted.

—Muy bien, Ken. Vamos a suponer que esto es un interrogatorio de tercer grado. ¿Cuál es entonces su idea?

—Comer juntos, aquí mismo, por ejemplo. Y luego hablar un poco del inmediato futuro.

—¿Como cuán inmediato?

—Digamos la próxima noche. ¿Tiene compromiso para cenar?

—¿Y si lo tuviera?

—Me resignaría a regañadientes. A menos que la distancia abismal que nos separa fuera la causa de su negativa.

—¿Qué distancia?

—¡Cuernos! Usted es un pozo de ciencia, Midge, y yo un humilde polizonte. ¿Es que no ha oído hablar nunca de clases sociales?

Ella se echó a reír de buena gana.

—Es usted único, Ken.

—¿Qué me dice de la cena?

—Muy bien, a las ocho. No lo haré esperar demasiado.

El se echó atrás con un suspiro.

—Apenas puedo creerlo —confesó—. No estoy acostumbrado a que la suerte me sonría tan fácilmente.

—Tal vez se deba a que nunca pensó en tentarla. A la suerte me refiero.

El no replicó y quedaron silenciosos un largo rato. Como si les bastara con saberse próximos el uno al otro, viéndose bajo la sombra del parasol, con el arrullo próximo del mar y el rumor de las conversaciones de los pocos clientes que ocupaban otras mesas.

De pronto, Byrnes comentó:

—¿Sabe una cosa? Ahora comprendo mejor a Jeannie. Se llama Jeannie la amiga del profesor... Dijo que a veces estaban solos, en la cabaña, y que con sólo el silencio y la cercanía de uno al otro era suficiente. Que no necesitaban hablar para sentirse relajados, compenetrados y felices. Entonces no supe muy bien qué quiso decir, pero ahora sí.

—Entiendo.

—¿Te sucede igual a ti, ahora?

—Sí.

—Ya tenemos algo en común.

—Pero ellos se amaban, Ken, y nosotros apenas nos conocemos.

—Bueno, todo es empezar digo yo. ¡Camarero!

Se dedicaron a elegir la comida. Nada parecía más lejos de los dos y de aquel ambiente, que el crimen, la muerte y la sangre.

Sin embargo, la muerte se aprestaba a descargar un nuevo golpe...

CAPÍTULO IX

Midge llegó a su apartamento pasadas las siete de la tarde. Después de unas horas tan agradables y despreocupadas como las vividas por la mañana cerca del mar, la tarde había sido densa de trabajo en el laboratorio. Y a pesar del grave problema, o asombroso resultado de aquel experimento del que apenas sabían ningún detalle, no había podido alejar de su mente a Ken Byrnes.

Por eso, quizá, se dio tanta prisa en llegar pronto a casa, con el ánimo de tomar un baño y vestirse para la cena.

Cuando abrió la puerta, descubrió el papel doblado que alguien había deslizado por debajo de su puerta.

Sorprendida, entró, cerrando a sus espaldas, y desdobló el papel, viendo que estaba escrito con mayúsculas de trazo indeciso.

Lo leyó y se quedó sin aliento.

«SE QUE TIENES EL CUADERNO DE NOTAS. NO
VIVIRÁS PARA APROVECHARTE DE EL, A MENOS
QUE LO DEPOSITES DONDE TE DIRÉ. PIÉNSALO».

Eso era todo.

Pero era suficiente para sentir un ramalazo de terror, estremecerle los nervios, al pensar en cómo habían muerto ya dos víctimas en aquel engendro sin nombre.

Frenética, descolgó el teléfono y llamó a jefatura. Preguntó por el teniente Byrnes, pero le dijeron que no sabían dónde estaba a esas horas, ya que llevaba una investigación muy importante.

Colgó y miró el reloj. Trató de calmarse diciéndose que Ken no tardaría más allá de una hora en estar a su lado. El sabía qué hacer con aquella amenaza.

Decidió esperarle y prepararse tal como habían convenido y, quitándose las ropas en el dormitorio, entró en el cuarto de baño.

Entonces sonó el teléfono.

Desnuda como estaba, sintió la tentación de dejarlo que se desgañitara. Luego, pensó que quizá fuera Ken y corrió al aparato.

Oyó una voz metálica, extraña, a través del auricular.

—¿Encontraste la nota, pequeña zorra?

Dio un respingo, aterrada.

—¿Quién es usted?

—Para ti, la muerte, si no haces lo que te diré.

—¡Pero no sé nada del cuaderno del profesor! Nunca lo tuve en mis manos.

—Eres la única que conocía con detalle su contenido, así que está en tu poder.

—¡No!

—Está bien, si prefieres que haga contigo lo mismo que con la otra zorra...

—¡No, espere!

—Tienes hasta mañana para pensarlo. Quiero ese cuaderno a cualquier precio. No hables a la policía o te descuartizaré viva.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Le temblaban tanto las piernas que hubo de sentarse después de colgar el aparato.

Ansió más que nunca la presencia de Ken a su lado. Se sorprendió al darse cuenta de cuánto le necesitaba, de cuánto necesitaba un hombre a su lado. A «ése» hombre precisamente.

Nunca había sentido que el tiempo pasara tan despacio.

Se vistió, con el miedo culebreando por sus nervios, por todo su hermoso cuerpo.

Miró de nuevo el reloj.

Parecía que estuviera parado...

CAPÍTULO X

John De Witt abrió la puerta de la casa con su llave, y sumergiéndose en la oscuridad, llamó:

—¿Midge, está usted ahí?

No obtuvo respuesta. Tal vez la secretaria estuviera en el laboratorio. El también estaba sumamente intrigado con el misterio de los cobayas.

Encendió la luz y se dirigió a las escaleras del sótano. Al pasar por delante de la puerta abierta del despacho del profesor Karch, oscuro y silencioso, no pudo evitar un vivo escalofrío.

Tras encender la luz de las escaleras descendió al laboratorio. También éste estaba a oscuras y hubo de encender los numerosos fluorescentes que lo iluminaban como en pleno día.

Midge debía haberse retrasado por alguna razón.

Impulsado por su curiosidad científica, entró en el cuarto de los cobayas. El que parecía haberse vuelto loco se lanzó rabiosamente contra la jaula tan pronto se encendieron las luces. A De Witt se le antojó que durante aquellas últimas horas el animal incluso había aumentado de tamaño. Se arrojaba salvajemente contra su encierro, sacudía la jaula y algunos de los hierros estaban doblados. Un fulgor inquietante se desprendía de sus rojos ojillos.

El científico se quedó perplejo, mirándolo.

—Amiguito —rezongó—. No sé qué diablos te pasa, pero sea lo que sea, no es nada bueno...

A cada embate del cobaya, la jaula se estremecía. Parecía increíble la ferocidad desatada de un animal tan pacífico y resignado. Era como si hubiera cambiado de naturaleza.

De Witt miró el reloj. Midge ya debía haber llegado.

Volvió al laboratorio y para matar el tiempo controló los procesos químicos que estaban en marcha. Tomó algunas notas y después encendió un cigarrillo, cada vez más impaciente.

Cansado, decidió esperar a la secretaria en la sala contigua al despacho. Allí había revistas y televisión.

Subió las escaleras y al llegar arriba se sorprendió al ver que las luces estaban apagadas. Recordaba perfectamente haberlas encendido antes, a su paso.

Por primera vez sintió un ramalazo de inquietud.

—¿Hay alguien aquí? —gritó—. ¡Midge!

Fue rápidamente hacia la salita, entró en ella y encendió la luz de un manotazo. Miró en torno. Naturalmente, no había nadie. Suspiró. Estaba poniéndose nervioso.

Cerró la puerta y sentándose en una butaca descolgó el teléfono. Marcó un número después de consultarlo en su pequeña agenda y esperó, oyendo zumbir el timbre al otro extremo del hilo.

Cuando descolgaron, una voz vibrante de inquietud exclamó:

—¡Ken! Oh, Ken...

De Witt dio un respingo.

—¿Midge, es usted? —dijo, sobresaltado.

—Sí... ¿Quién habla?

—Aquí De Witt. Estoy esperándola.

—¿A mí?

—Pero bueno, ¿no me citó en el laboratorio?

—¡Por supuesto que no, De Witt! Ignoro de qué me habla... ¿Dónde está ahora?

En la casa del profesor, naturalmente. Pero usted me llamó por teléfono y...

—¡Yo no hice tal cosa, doctor! —De pronto a través del auricular vibró un grito de alarma y la voz casi histérica de Midge gritó—: ¡Salga de ahí, doctor, aprisa! Es una trampa... No puede ser otra cosa... ¡Dios, salga de la casa!

—Pero, Midge...

Se interrumpió al apagarse las luces.

—¡Maldita sea! ¿Qué significa esto?

La voz de Midge gritaba algo por el auricular. El científico gruñó:

—Alguien está jugando con las luces, Midge. La llamaré luego.

—¡No se quede ahí, doctor, salga, salga...!

Colgó. Furioso. Cuando se apartó del teléfono tropezó con el revistero y soltó un juramento más colérico a cada momento.

Oyó abrirse la puerta y se detuvo en seco.

—¿Quién está ahí? ¡Responda!

Lo único que oyó por toda respuesta fue un extraño siseo, como el silbido de una serpiente. Sintió que se le ponía la piel de gallina.

Luego, una súbita sensación de ahogo le asaltó. Creyó que le iban a estallar los pulmones, emitió un quejido y sus piernas se doblaron. Cayó de bruces y ya no vio la negra silueta de la muerte detenerse a su lado.

Aquella voz sibilante, siniestra como un soplo del infierno, murmuró:

—Quizá lo tienes tú maldito... Vas a pagar por haberlo sacado de la caja antes que yo...

El doctor De Witt no oyó la voz. Tampoco sintió el pinchazo en el brazo, ni el agitado aliento que por unos instantes aleteó junto a su cara.

Era el principio del delirio.

CAPÍTULO XI

Midge abrió la puerta con gestos frenéticos. Ken esbozó una sonrisa de disculpa, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, la muchacha se arrojó a su cuello, abrazándose a él como si fuera su último refugio en este mundo.

Sorprendido, Ken le rodeó el cuerpo con sus brazos y balbució:

—Pero, bueno, ¿qué te pasa? Sólo es un retraso, y di orden de que te avisaran por teléfono.

—¡Oh, Ken!

Intentó separarse y su cara quedó bajo la de él. Byrnes podía ser un policía duro en según qué circunstancias, pero no era ni un santo ni un anacoreta. Hundió los labios en aquella boca palpitante y el estremecimiento del firme cuerpo de la muchacha en sus manos lo sintió hasta lo más profundo del suyo.

Cerró la puerta de un puntapié. Midge estaba materialmente suspendida en el aire, sujeta por los brazos de Byrnes como por un cepo de hierro.

La cabeza le daba vueltas cuando se apartó lo justo para respirar.

—¡Tienes que hacer algo, Ken! —jadeó.

—Yo diría que lo estoy haciendo.

—¡Dios, no comprendes!

—De Witt... El doctor De Witt...

—¿Sí?

—Está en la casa..., en el laboratorio...

El enarcó las cejas.

—No veo que eso sea nada del otro mundo. Tengo entendido que hay algunos trabajos que requieren vigilancia.

—Ken..., deja que recobre el aliento... ¡Es terrible! Me llamó... Me dijo que yo le había citado en el laboratorio... y no es cierto... ¡Te juro que no lo hice!

Byrnes se puso rígido.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un rato... No sé. Estaba tan nerviosa por todo lo demás...

—¿Qué es todo lo demás?

—La nota, y después aquella llamada...

—Cálmate o vas a volverme loco. ¿De qué estás hablando? Y dime dónde está el teléfono.

—Ahí... Sígueme... Estuve llamando a jefatura no sé cuántas veces...

—Me lo dijeron... Pero anduve de aquí para allá como una lanzadera. Por eso les pedí que te dijeran que me retrasaría un poco.

Descolgó el teléfono y disco el número de su propio despacho. Cuando oyó la voz del sargento Paige, gritó:

—¡Envíe un patrullero a la casa del profesor Karch, sargento! Algo ocurre allí.

—Bies, lanzaré el aviso por radio ahora mismo.

—Cuando lo haya hecho, salga usted para allá inmediatamente.

—Muy bien, teniente.

Colgó y se volvió hacia la agitada muchacha.

—¿Qué te dijo concretamente; el doctor De Witt?

—Que estaba esperándome porque yo le había citado en el laboratorio. ¡Y no era cierto, Ken!

—Bueno, bueno... Ya has oído. Hay un coche patrulla en camino ahora. ¿Qué más?

—Estaba hablando y dijo que se había apagado la luz... o que alguien andaba enredando en la luz. Fue algo así. Luego, colgó. Volví a llamar, pero ya no me respondió.

Byrnes sintió un escalofrío.

—¿No equivocarías el número?

—Lo sé de memoria, Ken...

—Es una pesadilla. ¿Qué era eso de una nota, y otra llamada?

—Mira...

La muchacha le entregó la hoja de papel y Byrnes se quedó helado al leerlo.

Desconcertado, levantó la mirada hasta tropezar con los asustados ojos de Midge.

—¿Cómo puede alguien saber que tienes ese cuaderno?

—Ken, ¿te has vuelto loco? Nunca lo he tenido en mis manos.

—Te creo. Maldito si sé por qué, pero te creo. ¿Y la llamada?

—Fue por teléfono... Una voz horrible, Ken... Tengo tiempo hasta mañana para decidir. Si no lo devuelvo...

—¿Sí?

—Me hará lo mismo que a la otra mujer..., me descuartizará viva. Eso dijo.

—¡Condenación! ¿Cómo era esa voz?

—No sé... Un sonido espantoso... chirriante, casi metálico.

—¿No te recordó a nadie?

—Claro que no... Nadie humano puede tener esa voz.

—No desvaríes. Quien sea que mata de ese modo puede estar loco de remate, pero no es un extraterrestre. Seguramente desfigura la voz con algún artilugio.

—¿Qué puedo hacer, Ken?

—Nada. Mañana te pondré en lugar seguro. Lástima que nos han estropeado la cena.

—¿Quieres decir que vas a dejarme sola esta noche?

—¡Debo ir al laboratorio!

—¡Voy contigo, Ken!

El titubeó.

—Está bien, por lo menos estarás segura, aunque quizá te espere un mal rato si el coche patrulla ha llegado demasiado tarde.

El se guardó el papel en el bolsillo y salieron apresuradamente.

CAPÍTULO XII

El faro giratorio del auto patrulla relampagueaba frente a la gran casa. Al lado de éste, Byrnes vio el coche del sargento Paige y él detuvo el que conducía al otro lado.

Las luces del amplio porche estaban encendidas y un policía uniformado del coche patrullero estaba montando guardia junto a la puerta.

Midge susurró:

—Ken, me tiemblan las piernas.

—A mí también, no creas.

Se detuvo ante el guardia. Iba a formular una pregunta cuando el policía uniformado dijo coa voz trémula:

—Llegamos tarde, teniente... Sólo unos minutos antes y lo habríamos atrapado.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Llegamos aquí a escape, porque el sargento nos dijo por radio que la cosa era muy grave. Entramos por la puerta, porque estaba abierta de par en par. Bueno, lo encontramos en el despacho.

—¿Que encontraron?

—A ese hombre... casi hecho tiras. Como el otro, pero aún vivo. ¡Maldita sea mi estampa! Estaba vivo... y gemía como un corderito.

Bruscamente, el hombre giró sobre los pies y sacudido por las náuseas desapareció en la esquina.

Ken gruñó:

—Será mejor qué te quedes aquí...

—No podría... Esperaré dentro, pero cerca de ti, Ken... ¡Por favor...!

—Está bien.

Entraron y el sargento Paige trotó a su encuentro. Tenía la cara gris y parecía medio loco de ira.

—¡Escapó! —rechinó entre dientes—. Se les escapó de las

manos...

—Tómelo con calma...

—¡Estúpidos! Llegaron con la sirena escandalizando. ¡Les haré masticarla hasta que la hayan digerido...!

—Hicieron lo mejor que supieron. No es culpa suya... ¿Es cierto que el doctor De Witt aún vivía cuando llegaron?

—¿Se llama De Witt? Bueno..., tengo dos médicos con él. No ha muerto todavía, pero tal como está no llegará a ver la luz del alba.

—Quédese aquí con la señorita Gray, sargento. No se aparte de ella en ningún momento.

—Ya puede jurarlo. Prefiero ver a esta dama antes que lo otro...

Byrnes se dirigió al despacho a grandes zancadas. Habían tendido a la víctima de la última demencial orgía de sangre en el diván de cuero. El otro policía del auto patrulla estaba junto a la puerta y dos médicos llamados urgentemente por los guardias al llegar se inclinaban sobre el destrozado cuerpo.

Ken se detuvo al lado del diván.

—Sigan, no se interrumpan por mí —dijo cuando los dos médicos le miraron intrigados—. Soy el teniente Byrnes, de la policía.

—Este hombre está agonizando —informó uno de ellos con voz ronca—. Es increíble que aún esté vivo.

Ken dirigió la mirada al cuerpo tendido sobre el cuero, a toda aquella sangre. El estómago se le encabritó.

Del rostro del doctor De Witt apenas quedaba nada más que jirones de carne casi separados del hueso. El resto del cuerpo era un espectáculo atroz.

—¿Ha podido decir algo? —murmuró, impresionado.

—Nada inteligible.

—Pero ¿es capaz de oír?

—Tal vez...

Ken se inclinó sobre el moribundo. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para dominarse.

—De Witt —dijo—. ¿Puede oírme? Soy el teniente Byrnes. ¿Me oye? Byrnes, de la policía.

Del agujero sangrante que era la boca del desgraciado surgió un ronco estertor. Luego, una confusa sílaba...

—Sí...

—¿Quién fue? ¿Le conoce usted?

Otra vez aquel estertor sordo y agónico.

—¿Quién, De Witt? Ayúdeme y pondré a ese engendro donde debe estar.

Uno de los médicos susurró:

—Es imposible que hable...

Como si quisiera desmentirle, De Witt dijo, con una voz que burbujeaba de un modo espeluznante:

—¡La cara... su horrible cara...!

—¿Qué tiene en la cara? Dígame quién es si lo sabe... Un nombre. De Witt, un simple nombre y la pesadilla habrá terminado.

Una burbuja de sangre reventó en la boca destrozada.

—La cara...

Ya no pudo decir más. Expiró con un largo suspiro, como si la muerte resultara al fin el alivio a tanto dolor y a tanta sangre.

Ken notaba un sudor helado correrle por la espalda al enderezarse.

—Una cara horrible —gruñó—. ¿Qué diablos quiso decir?

Uno de los médicos rezongó:

—Me parece que está claro, si toma la frase en su sentido literal. La cara del asesino era horrible, ni más ni menos.

—Bueno, eso es muy subjetivo, doctor. Una cara es fea, repelente, hasta espeluznante, según el punto de vista de cada uno. Pero a juzgar por cómo lo dijo cualquiera creería que había visto un monstruo.

El médico soltó un bufido.

—¿Qué diría usted si de repente se le apareciera una cara como ésta? —dijo señalando al muerto.

Ken se estremeció.

—Creo que echaría a correr —confesó.

—Ahí tiene.

Ken parpadeó.

—Creo que ahora ha dicho usted algo inquietante, doctor... Una cara horrible... y la de este desgraciado, si se me apareciera de pronto, con él vivo, sería algo más que eso...

—Sólo que es imposible, porque con un destrozo semejante, nadie puede sobrevivir.

—Claro...

—Sea una cara monstruosa o no, teniente, tienen ustedes que detener a ese engendro. Un ser capaz de torturar a un hombre de este modo no sólo tiene la cara de un monstruo; sino que es un monstruo. Una bestia dañina como ninguna otra.

—Estamos haciendo todo lo que podemos.

Salió del despacho para reunirse con Midge y con el sargento, que esperaban en la salita.

—Ha muerto —anunció, sombrío—. Parece increíble que haya vivido hasta ahora.

—¿Pudo decir algo respecto al asesino? —indagó el sargento.

—Sólo que tiene una cara horrible, aunque no me pregunte usted qué quiso decir exactamente.

—Bueno, me parece que a mí también me parecería horrible la cara de quien estuviera haciéndome una salvajada como ésa, aunque el tipo fuera el doble de Robert Redford, teniente.

—¿No dijo nada más que te permita sospechar de alguien determinado?

El se volvió hacia Midge y sacudió la cabeza.

—No. Estaba agonizando.

—Lo que equivale a estar como antes —gruñó el sargento.

—Ahora sabemos algo más, aunque sea algo monstruoso. Ese monstruo sanguinario está dispuesto a terminar con todos los ayudantes del profesor Karch. Ha amenazado a la señorita Gray, y ahora ha matado a De Witt. Hemos de prevenir a los demás para que estén precavidos y no se descuiden ni acudan a citas que no sean absolutamente comprobadas.

—Ya veo... Pero no comprendo lo que persigue. ¿Una venganza?

—Pudiera ser, aunque a juzgar por lo que exige de Midge, bueno, de la señorita Gray, quiere el cuaderno de notas del profesor.

Los dos médicos que habían atendido al moribundo abandonaron el despacho hablando entre sí en voz baja. Al ver al grupo en la salita se detuvieron.

—Hay un detalle que quizá le sirva de algo, teniente, dado el estado de la víctima. Tiene la señal de una aguja en el brazo.

Byrnes dio un respingo, sorprendido.

—¿Quiere decir que le aplicaron una inyección?

—Es casi seguro. Le inyectaron alguna sustancia antes de

iniciarse ese delirio sangriento.

—Como al profesor —exclamó Paige—. Le inyectaron un derivado del «suero de la verdad»...

—Es posible. De ser así, la autopsia lo aclarará.

El sargento acompañó a los médicos y al quedar solos, Midge clavó sus grandes ojos en la cara de Byrnes y murmuró:

—Voy a bajar al laboratorio ya que estoy aquí, Ken...

—Está bien. Tengo trabajo para rato.

—Ken, yo... No quiero quedarme sola allá abajo.

—Oh, entiendo. Bueno, vamos, pero no te tomes mucho tiempo. La gente de jefatura debe estar a punto de llegar...

Descendieron al laboratorio y ella fue directamente a la estancia de los cobayas, seguida por Byrnes. Tan pronto encendieron la luz, el animal que parecía haber sufrido una transmutación en su carácter se lanzó rabiosamente contra la jaula, sacudiéndola, mordiendo salvajemente los alambres, doblándolos incluso entre roncós gruñidos.

Midge se quedó mirándolo sobresaltada.

—¡Ken! —balbució.

—Ya lo veo. Ese bicho ha perdido la chaveta.

—¡Ha crecido! ¿No te das cuenta? Es incluso más grande que la última vez que lo vi...

—¿Y qué tiene eso de raro?

—¡Es absolutamente ilógico, contra toda ley natural! Se trata de un animal adulto, con el crecimiento completado hace meses. Ya no podía desarrollarse más...

—Vaya, sí que resulta chocante...

Ella se volvió hacia Ken y con un suspiro dijo:

—Es preciso encontrar el cuaderno del profesor... y destruirlo.

Byrnes se quedó helado.

—Sí, Ken. Ahora creo que comprendo por qué no quiso decirnos nada sobre su descubrimiento, ni siquiera cuando el otro cobaya murió contra toda lógica. Creo... creo que él mismo se propuso anular lo que había hecho antes que fuera del dominio público.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que había hecho? No me digas que intentaba crear un nuevo Frankenstein.

—Por favor, no bromees. Ven, sígueme.

Le guió hasta otra reducida estancia donde había un gran

frigorífico.

Abrió un compartimiento de la parte superior y sacó una tabla y un recipiente de brillante acero inoxidable.

Byrnes no pudo contener una mueca. En la tabla estaba sujeto el cuerpo de un cobaya prácticamente descuartizado. En el recipiente estaban contenidos los órganos extirpados al animal.

—Quita eso de mi vista —gruñó—. Es lo único que me faltaba esta noche.

—¿Recuerdas que le pedí al doctor Ronaldson que investigara las causas de la muerte de este animalito, además de su edad?

—Sí, recuerdo eso.

Ella volvió a depositarlo todo dentro del frigorífico y se encaró con Byrnes.

—Estos animales son extremadamente pacíficos y miedosos. Tampoco se hacen viejos en los laboratorios. Es muy raro que tengamos aquí algún ejemplar con más de un año. Yo los recibía, examinaba y comprobaba cuando los traían. Y puedo jurar que jamás entró ninguno que hubiera cumplido dos años.

—Hasta ahora no veo...

—Ese que hay en la nevera podría ser tan viejo como ningún ejemplar de esta clase de animal podría serlo nunca.

—No comprendo... ¿Qué quieres decir exactamente?

—El doctor Ronaldson sé quedó de una pieza... Dijo que a juzgar por el estado de los tejidos..., ese cobaya pudo tener una edad tan vieja como cada uno pudiéramos imaginar. Diez, quince años, veinte... Y ni siquiera en su estado natural esos animales viven una cuarta parte de esa edad.

—Sigo a oscuras. O sólo entiendo que sus tejidos eran tan viejos que el propio doctor creyó que estaba equivocado. ¿Es eso poco más o menos?

—Sí.

—Los tejidos... ¿Es que los órganos internos de ese maldito bicho no ofrecían el mismo aspecto?

—En absoluto. Veo que lo comprendes. Sólo los tejidos habían envejecido hasta un límite imposible. Sobre todo, los cutáneos y subcutáneos. Pero los pulmones, el corazón y el aparato digestivo, eran los normales en un animal de doce o trece meses.

Byrnes encendió un cigarrillo mientras intentaba ordenar todo

aquello en su mente.

—Recuerdo que la primera vez que te interrogué, dijiste que el profesor estaba trabajando en un experimento sobre regeneración de tejidos o algo así...

—Ciertamente, eso es lo que hacía, mediante células nuevas...

—Explícame eso. Todo lo que sé de las células es lo que me enseñaron en el bachillerato.

—No necesitas saber más para comprender este proceso. Te pondré un ejemplo, Ken. Imagina una persona anciana. Su aspecto se caracteriza por la piel arrugada, por la blandura de los tejidos subcutáneos... Las células han muerto y no se reproducen como en años anteriores, en que el cuerpo las producía en abundancia. ¿Entiendes?

—Hasta ahora, sí. La piel envejece porque no hay reproducción de células.

—De un modo elemental, éste es el proceso. Ahora, imagina que pudiera dotarse al cuerpo viejo de células jóvenes, vivas, tantas como fuesen necesarias para devolverle su aspecto lozano y vigoroso...

—¿Algo como un trasplante de órganos?

—No. Absolutamente imposible trasplantar células. Digamos más bien como un trasvase de células de un cuerpo joven a otro viejo.

—Eso se me antoja una quimera, teniendo en cuenta la naturaleza de las células.

—El profesor estaba trabajando en ello, Ken. Y contra su costumbre, y como había hecho siempre, no nos permitió intervenir en este proceso...

—¡Espera un minuto! Todo esto, todo este embrollo celular, o como quieras llamarle... ¡Cuernos! Los cobayas...

—Exactamente. De algún modo aún imperfecto, debió conseguirlo. Todas las células vitales del cobaya que murió pasaron al cuerpo del otro, hasta el extremo de que el que podríamos denominar «donante» envejeció de una manera horrible y murió.

—Y el otro se volvió loco... ¡Se volvió rabioso!

—Algo debe fallar en el proceso. ¿Te das cuenta del alcance de una cosa así, si cayera en malas manos?

Todos los viejos decrepitos y ricos pagarían fortunas por

rejuvenecer... pero tal como muestra el experimento habría de ser a costa de hombres jóvenes y fuertes... que morirían igual que ha muerto el cobaya.

Ken abrió la boca, aterrado, y se olvidó de cerrarla, estupefacto.

Al fin barbotó:

—¡Que me cuelguen! Eso es una monstruosidad...

—Eso es. Pero también es la razón de que el profesor mantuviera esos trabajos en el más absoluto secreto. ¡Y ése secreto está en el cuaderno de tapas negras!

—Eso es mucho peor que los crímenes en sí —masculló Byrnes, desbordado por un profundo pánico—. Si cayera en manos del hombre capaz de cometer esos asesinatos...

—¡Tenemos que destruir ese cuaderno, Ken!

—Primero habrá que encontrarlo, ¿no te parece?

—Y antes que el asesino —susurró la muchacha desalentada.

—Oye, aunque no sea más que una idea absurda, casi de ciencia ficción... Por casualidad, ¿no habría probado su fórmula, o lo que sea, en algún ser humano?

—¡Oh, no, desde luego que no!

—Lo digo porque si a un hombre le hubiera hecho una jugarreta semejante, ese hombre tendría motivos para odiarlo hasta el extremo de matar de ese modo salvaje y demencial.

—No, Ken. El profesor era un científico extremadamente honesto y un hombre bueno. Además, estaba en su primera fase de experimentación con los cobayas. No, eso es un absurdo.

—Está bien. Salgamos de aquí. Los peritos deben estar trabajando arriba.

Apagaron las luces y volvieron a la planta superior.

En otra parte de la ciudad, el monstruo que buscaban se aprestaba a descargar otro golpe salvaje y brutal.

Su próximo objetivo era el doctor Gardland.

CAPÍTULO XIII

Midge abrió la puerta de su apartamento y volviéndose miró a Byrnes con sus ojos como estrellas.

—¿Quieres entrar un momento?

—Claro.

Ella encendió las luces y el policía vio un apartamento alegre y confortable.

Mientras la muchacha preparaba unas bebidas, Ken dio un vistazo a los libros y revistas que llenaban una gran estantería.

La mayoría eran obras científicas, pero había también algunas novelas y libros de biografías.

—Estoy apabullado —comentó al tomar el vaso que ella le ofrecía—. Debes ser una especie de niña prodigio.

—Si crees que he leído todo eso, estás equivocado.

—Entonces, ¿por qué los tienes aquí?

—No son para decoración, desde luego. Lo que pasa es que compro los libros a medida que aparecen en el mercado, con la intención de leerlos, desde luego. Pero siempre me falta tiempo, de modo que llevo retraso en la lectura y no creo que haya terminado de leer la mitad de los que poseo.

—Incluso con la mitad, ya es todo un récord.

Bebió un sorbo y quedó mirándola como buscando la manera de decir algo que le preocupara.

Midge sonrió.

—Sólo una copa —dijo—. Luego te irás.

—¿Qué te hace pensar que me iré sin resistencia?

—¿No eres un caballero?

—No.

—Ya veo.

El se echó atrás en la butaca, sin dejar de mirarla. Como si hablara de la cosa más natural del mundo, dijo:

—¿Sabes una cosa, doctora?

—No soy doctora, teniente. Sólo licenciada en ciencias físicas.

—Para el caso es lo mismo. Iba a decirte que tanto si tienes el título como si no lo tienes, me he enamorado de ti.

Ella dio un respingo.

—¡Ken! —protestó—. ¿Hablas en serio?

—Ya lo creo que sí.

—Y se te ocurre decirlo así, como si hablastes del tiempo...

—No veo otra forma de decirlo sin que suene a tópico. De cualquier forma, si te acercas un poco quizá encuentre otra fórmula un poco más explícita.

Ella dejó el vaso sobre la mesilla y murmuró:

—No sé muy bien cómo debe reaccionar una mujer ante una declaración semejante, pero lo que sí sé es que no quiero quedarme sola esta noche.

—Antes querías echarme...

—Era una frase obligada en mi caso.

Fue hacia él con una temblorosa sonrisa en los labios.

Ken tendió las manos, la apresó y Midge acabó sentada sobre sus rodillas. Luego, cuando él la besó, ya no fueron necesarias más palabras para que ambos supieran que, por lo menos esa noche, no iban a separarse.

Byrnes notó el calor de aquel cuerpo espléndido, el suave temblor que lo estremecía de anticipado goce, y creyó que con sus caricias alcanzaba la cima del placer de este mundo.

—Midge...

—Lo haces muy bien, teniente. Mejor que tus discursos, así que sigue...

Naturalmente, siguió con renovado entusiasmo.

El timbre del teléfono le enfrió los ánimos con su estridente repiqueteo.

—¿No vas a contestar? —balbució Midge.

—Es tu teléfono, preciosa...

Ella se apartó, mirándole al fondo de los ojos. Los suyos chispeaban con una luz profunda y nueva.

Saltó del diván y corrió al teléfono.

—Hable —exclamó.

—¿Es usted Midge Gray?

Era una voz de mujer.

—Sí —dijo, sorprendida.

—Aquí Jeannie Appel, señorita Gray.

—¡Oh...!

—Imagino que se sorprende. La llamé antes de salir de la ciudad, pero no pude localizarla.

—Llegué hace poco. ¿Qué ocurre, señora Appel?

Byrnes saltó de pie al oír el nombre.

—Necesito que se reúna conmigo, señorita Gray. Es muy importante, ¿sabe? Yo... yo tengo el cuaderno de Walter...

Midge casi se cayó de espaldas.

—¿Que tiene usted el cuaderno del profesor? —exclamó, con lo que Byrnes se pegó a ella para aplicar el oído al receptor.

—Sí, Walter, el profesor, me lo llevó a mi casa el día de su muerte. Cuando terminó su trabajo en el laboratorio, esperó a que se fueran todos ustedes... sacó el cuaderno de la caja y vino a verme.

—Pero ¿por qué lo hizo?

—El dijo que había descubierto que uno de sus ayudantes no era de fiar... que intentaba apoderarse de su último trabajo. Y dijo algo más... Me pidió que lo guardara hasta que él hubiera decidido qué hacer. Y me advirtió que seguramente me pediría que lo destruyera.

—Entiendo. ¿Dijo cuál de sus ayudantes le era infiel?

—No mencionó ningún nombre, porque no estaba aun bien seguro. Pero sí tenía miedo. Miedo de que el cuaderno cayera en malas manos, miedo del resultado de su último trabajo... Algo no iba bien en el experimento...

—¿Qué ha decidido usted, señora Appel?

—Destruirlo. Pero tengo miedo, no sé si debo... Usted era su colaboradora y sé cuánto confiaba él en su buen criterio, cuánto la apreciaba. Quisiera que viniera aquí y que... Bueno, en cualquier caso, preferiría descargar en usted mi responsabilidad.

—¿Dónde está usted ahora?

—En la cabaña del lago...

Midge cruzó una mirada con Byrnes. Éste hizo un gesto afirmativo.

La muchacha dijo:

—Iré si me dice cómo encontrarla.

—No tiene pérdida. Viniendo desde la ciudad, es la tercera cabaña que se encuentra en el camino del embarcadero.

—Muy bien, saldré ahora mismo. Pero me sorprende que para destruir simplemente el cuaderno quiera usted hacerlo en un lugar tan apartado.

—No comprende... Yo traje el cuaderno aquí y lo escondí después de la muerte de Walter...

—Ya veo...

—No tarde, por favor, señorita Gray.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Ken dijo:

—¿Crees que es una trampa, que ella...?

—Si se trata de una encerrona, está portándose como una tonta, pero eso lo sabremos cuando lleguemos al lago. Esa dama nos ha estropeado nuestra noche...

—Habrá más noches cuando todo esto haya terminado...

Salieron en busca del coche de Byrnes y éste condujo a creciente velocidad hacia la salida de la ciudad.

Por el radioteléfono comunicó con jefatura, pero el sargento Paige no había llegado aún.

—Dígale que me llame inmediatamente. Localícnle...

Hundió el pie en el acelerador y el coche saltó hacia adelante como un potro desbocado.

Acababan de dejar atrás los últimos suburbios de la población cuando se encendió la lucecita del radioteléfono.

—Aquí Byrnes —dijo.

—Habla el sargento Paige, teniente. Se nos escapó otra vez.

—¿Qué?

—Ese engendro está dispuesto a aprovechar el tiempo. Había narcotizado al doctor Gardland y había iniciado su maldita orgía de sangre cuando llegamos para advertirle a ese hombre que no se confiara, que no acudiera a citas y... Bueno, ya sabe... El maldito demonio escapó mientras nosotros estábamos llamando a la puerta de la casa.

—¿Cómo está Garland?

—Vivirá, aunque se encuentra bajo un *shock* terrible.

—¿Ha podido interrogarle, sargento?

—Un par de minutos. Después los médicos se han ocupado de él.

Sólo ha dicho dos cosas que pueden tener valor... Que era una cara horrenda y que quería el cuaderno del profesor. Luego perdió el conocimiento.

—Comprendo, sargento. ¿Advirtió usted al doctor Granvy, y al doctor Ronaldson?

—A este último, sí, y dejé a un agente con él. En cuanto a Granvy no estaba en casa. También dejé allí a uno de nuestros hombres, para custodiarlo cuando llegue.

—De acuerdo, sargento. No se separe del herido y tan pronto esté en condiciones de hablar, interróguelo. Yo llegaré en cuanto pueda.

—¿Podré localizarle en ese teléfono?

—Seguro.

Colgó y dijo entre dientes:

—Una cara horrenda... ¿Con qué clase de pesadilla tenemos que enfrentamos?

—No lo comprendo, Ken. Es todo tan espantoso...

—¿Qué harás con el cuaderno, si es cierto que lo tiene esa mujer?

—Destruirlo...

—No has tenido que pensarlo mucho...

—Estoy resuelta, Ken. Además, tengo la seguridad de que sólo destruyéndolo terminará esta pesadilla.

El asintió en silencio. El coche corría a noventa millas por hora en la solitaria autopista y el viento aullaba contra la carrocería.

Media hora más tarde frenó al llegar a la desviación, condujo por el trébol de salida y minutos después enfilaba la estrecha carretera de montaña que debía llevarles hasta la cabaña del lago...

O hacia la muerte.

CAPÍTULO XIV

Jeannie Appel avivó un poco la llama del quinqué, disgustada por la avería eléctrica que había dejado todas las cabañas de aquel sector sin energía.

Luego preparó café, pensando en el profesor, en las horas tranquilas y felices que habían vivido en esa cabaña, viendo levantarse la luna por encima de los bosques hasta que se reflejaba en el lago, como una catarata de luz de plata que se derramara cada noche para su único y exclusivo goce.

El aroma del café invadió la cabaña. Desde la cocina, Jeannie no advirtió cómo se abría la puerta en silencio, ni la sombra que se deslizaba al interior pegándose a la pared.

El candil que había encendido chisporroteó y ella lo miró con disgusto. También había sido mala suerte que precisamente en esa noche se estropeará la luz.

Dejó la taza llena en la mesa. Fue en aquel instante que percibió la presencia de un extraño en la cabaña. Fue solo un instinto, un palpito, lo que le hizo darse cuenta de que dentro de aquellas paredes se ocultaba la fuerza del mal, la fuerza de la muerte quizá.

Sintió un agudo estremecimiento que le paralizaba. Tenía que salir, huir... O por lo menos comprobar si realmente había alguien allí.

Pensaba que debía volverse, encender el otro quinqué más grande y barrer las sombras de los rincones...

Pero no podía huir de aquella especie de parálisis que la agarrotaba.

Luego, sin un rumor, algo siniestro aleteó cerca de su cara y se cerró en torno a su garganta.

Gritó cuando el dogal hizo presión. Tras ella oyó el jadeo de una violenta respiración.

—¡Quieta! —siseó una voz letal—. Aún puedes vivir si haces lo

que te diga.

Jeannie no pudo hablar. Todo el terror del mundo se había adueñado de sus sentidos, de sus fuerzas. Se sentía morir a medida que le faltaba el aire y sus pulmones ardían...

—¡El cuaderno! —Gruñó la voz junto a su oído—. Debí haber comprendido antes que lo tenías tú... Ese maldito viejo no podía confiar en nadie más... ¿Dónde está?

Jeannie se llevó las manos al cuello en un vano intento de aflojar aquella fuerza diabólica que la estrangulaba poco a poco.

—Voy a aflojar un poco —le advirtió el asesino—. Lo justo para que hables. Quiero el cuaderno y no puedo perder el tiempo. Sólo una vez, ¿entiendes, zorra? Si intentas discutir, si pretendes hacerme, perder un segundo, te mato.

El dogal en torno a su garganta cedió un poco en su presión mortal. Ella boqueó engullendo aire a borbotones, casi ahogándose ahora en sus prisas por respirar.

—¡Vamos, habla de una maldita vez! ¿Dónde lo tienes?

Ella pensó en el profesor, en aquel hombre que había amado, que había sido un camino nuevo en su vida gris y triste...

—Lo destruí... —dijo—. El me lo ordenó.

—¡Mientes!

—No... Dijo que si le ocurría algo... debía destruir sus fórmulas...

—¡Pero no lo hiciste aún, maldita! —rugió la voz alterada junto a su nuca—. ¡Maldita zorra! No puedes haber destruido algo que significa el mayor triunfo de la ciencia,..., que significa una fortuna inagotable... ¡Dime que no lo hiciste...!

De nuevo el dogal en torno al cuello se ciñó salvajemente, hundiéndose en la carne estremecida de la mujer.

Una vez más sus pulmones amenazaron con estallarle. Le ardían como si tuviera dentro de ellos la llama de un soplete.

Las piernas empezaron a fallarle. Quedó casi colgando de aquella fuerza que la mataba poco a poco.

Cuando él volvió a aflojar la presa, Jeannie cayó de rodillas, incapaz de soportar por más tiempo aquel espanto.

—¡El cuaderno...! —bramó el asesino—. ¡Maldita mujerzuela del demonio! Es tu última oportunidad, porque ya no volveré a aflojar otra vez tu cuello...

—¡Debe... creerm...!

Con un gruñido de ira, él apretó otra vez dispuesto a terminar de una vez. Ya registraría la cabaña después, y el apartamento de esa estúpida que ignoraba lo que tenía en sus manos...

En aquel instante, tras las dos figuras, hubo algo semejante a un estallido y la puerta se abrió violentamente, como si fuera a saltar de sus goznes.

La voz de Byrnes semejó un rugido cuando gritó:

—¡Suéltala, maldito!

El asesino se volvió, abandonando a la mujer. Dio un salto atrás y hundió la mano en el bolsillo, sacándola con una pistola que levantó rechinando los dientes.

De la silueta oscura del teniente brotó un lengüetazo de fuego. El estampido se fundió con el aullido del criminal, a quien el empuje de la bala tiró de espaldas contra la pared.

Byrnes se precipitó hacia él y pisoteó brutalmente la mano que aún empuñaba la pistola, hasta que los dedos se abrieron y el arma cayó a un lado.

Ken Byrnes estaba como loco. Dio una patada a la pistola, arrojándola lejos, y luego hundió el zapato en la cara del hombre que gimoteaba a sus pies.

—¡Esta vez fallaste, maldito demonio! —barbotó—. Ya no tendrás otra oportunidad de hacer daño...

Le descargo aún otro puntapié que lo envió a un lado dando tumbos.

Luego, con un terrible esfuerzo, se calmó.

—¡Midge! —gritó.

La muchacha entró precipitadamente.

—¿Estás bien, Ken?

—Yo sí. Esa bestia del infierno no, pero aún no he empezado con él. Océpate de la señora Appel... y luego aviva esa maldita luz. O enciende otra si la hay.

El hombre gimoteaba en el suelo, hecho un ovillo.

Oyó las voces de las dos mujeres, pero ni por un instante desvió su atención de su presa.

Luego, la llama del quinqué brilló con más intensidad.

Inclinándose buscó la cara del hombre derribado. Estaba dispuesto a ver cualquier monstruosidad, cualquier visión de

pesadilla, teniendo en cuenta las palabras de quienes habían sido prácticamente descuartizados vivos...

Sólo vio la cara contraída de dolor de Samuel Granvy.

—¡Maldita sea! —barbotó—. ¡El doctor Granvy!

Midge dio un grito, estupefacta.

—Cierra la puerta, Midge. Vamos a aclarar esto de una vez.

El doctor Granvy tenía el balazo en el estómago. Debía dolerle como el demonio y sus ojos desorbitados parecían implorar ayuda. Desde luego, no tenían fiereza alguna, sólo un pánico terrible a la muerte que le rondaba.

Inclinándose sobre él, Byrnes le espetó:

—¿Por qué ha cambiado de procedimiento esta vez, maldito carnicero? ¿O sintió asco de tanta sangre?

—¡Ayúdeme...!

—Sólo cuando hable. Y dígame cómo lo hizo para que sus victimas creyeran ver una cara monstruosa... ¿Utilizó una mascarilla de goma, una caracterización? ¡Hable, condenado!

—¡No..., no es lo que cree! Yo no hice nada..., no atacé a nadie... hasta esta noche...

—¿Cree que soy idiota?

—¡Dios, debe creerme! Llame a un médico... Yo no maté al profesor... lo necesitaba vivo porque él podía terminar su investigación más fácilmente que yo...

Byrnes sintió un escalofrío. Si Granvy decía la verdad, estaba peor que al principio.

—Miente usted, Granvy. Se colocaba una máscara, o se caracterizaba de algún modo, aunque no comprendo para qué...

—¿Máscara...?

—Una cara horrible. Eso dijeron los otros desgraciados a quienes mató.

Los ojos desorbitados del herido le miraban estupefactos.

—Créame... yo no... no maté a nadie... No fui yo...

Midge murmuró:

—Ken creo que dice la verdad.

—Entonces, ¿tenemos dos asesinos? ¡Condenación! Habremos de creer que el otro tiene la cara de un monstruo.

Inesperadamente, Granvy dio un respingo, como si de pronto hubiera encontrado una súbita energía.

—¡La cara... destrozada...! —jadeó—. ¡Hildy!

—¿Quién?

—¡Hildy...! —Una suerte de sollozo escapó de su garganta. De pronto parecía haberse olvidado incluso del terrible dolor que le mataba poco a poco—. ¡Aún debe estar viva..., pobre Hildy...!

—¿De quién está hablando? ¡Granvy! ¿Me oye?

Midge apartó suavemente a Byrnes y murmuró:

—Espera. Quizá yo pueda ayudarle... Doctor Granvy, soy Midge. ¿Se refiere a la antigua secretaria del profesor cuando habla de Hildy?

—¡Sí, sí...!

—Hildy Donovan. ¿No es cierto?

—Sí. Ella y yo...

—El doctor me habló una vez de aquel accidente..., pero ignoraba qué había sido de la secretaria después que le salvaron la vida en el hospital. Ella huyó...

—Huyó... cuando se vio la cara reflejada en un espejo. La cara de un monstruo destrozada... por el ácido... que estalló en el laboratorio... Fue... fue un error de cálculo del profesor...

—¿Cree que ella es quien ha cometido esos crímenes horribles, Granvy?

—No lo sé... ¡Dios, llamen a un médico...!

Midge se incorporó. Temblaba.

—Esa mujer, Hildy, fue amante del doctor Granvy, Ken. ¿Comprendes? —explicó suavemente—. El profesor me contó la historia poco después que yo entré a trabajar para él. Lo hizo para prevenirme de posibles descuidos, para que comprendiera que en el laboratorio existía siempre un peligro latente.

—Pero ¿qué le pasó a esa mujer?

—El profesor cometió un error al calcular una fórmula. La probeta estalló y el líquido destrozó la cara de su secretaria.

—Pero una mujer cometer esa clase de crímenes... —¡Yo ya no soy una mujer!— gruñó una voz extraña, junto a la puerta.

Se volvieron en redondo. Midge lanzó un grito agudo como el filo de un cuchillo. Ken sintió que se le erizaban los cabellos, y no por la pistola que les amenazaba, sino por el ser que se erguía allí, sombrío y siniestro como enviado del infierno.

La mujer llevaba una especie de impermeable con capucha. La

capucha caída sobre los hombros dejaba al descubierto un cráneo salpicado de grisáceos mechones sueltos, como pegados aquí y allá, dejando al descubierto grandes zonas de piel agrietada y oscura.

El rostro no era más que una carátula corroída, como un cadáver cuya descomposición se hubiese detenido poco antes de finalizar la absoluta destrucción de los tejidos, músculos y carne.

Desde el suelo, Granvy emitió un sordo quejido.

—¡Hildy...! —sollozó—. ¡Hildy...!

—Te perdí a ti..., lo perdí tocio. Ahora tengo una esperanza, ¿comprendes? ¡Tengo la única esperanza que me queda en este mundo!

—Suelte esa pistola, muchacha —dijo Byrnes con forzada calma—. No arreglará nada con ella...

—¡Les mataré...! A todos... malditos. ¡Tendré el cuaderno de un modo u otro... y conseguiré reparar mi cara..., esta cara que ya no lo es... Los tejidos volverán a vivir...!

—¡Está loca! No podrá hacer eso usted sola. Necesitará ayuda —le espetó Ken, en un intento de desconcertarla, quizá de distraerla.

—¡No se mueva!

—Ya hizo bastante daño, Hildy... Recuerde a sus víctimas...

—¡Sólo quise que estuvieran igual que yo! Destrozados, muertos. Porque yo estoy muerta..., aunque respire, aunque camine, aunque odie... ¡Estoy muerta!

Ken trataba de encontrar un resquicio en la vigilancia de la peligrosa demente. Un segundo para empuñar el revólver y abatirla, porque no se podía razonar con alguien que ha perdido la razón hasta ese extremo.

—Escúcheme, Hildy —murmuró.

—¡Cállese! Te seguí a ti, Sam... Estaba asustada. Por dos veces casi me habían detenido... y quería verte...

—Estás loca, Hildy —balbució el herido.

—¡No!

—Lo estás. —Granvy se arrastraba hacia la pared como si quisiera alejarse lo más posible de ella—. Rematadamente loca, porque aunque encuentres el cuaderno con las fórmulas, nunca podrás hacer nada tú soja. Necesitas ayuda... Mi ayuda... Yo también vine buscando lo mismo, aunque..., aunque por otros motivos...

Se detuvo cuando su espalda se apoyó contra la pared de troncos.

Hildy emitió un amargo quejido.

—Tú podrás ayudarme... ¿Lo harías por mí, Sam? Dime, ¿lo harías?

—Sí.

—Pero he de matarlos a todos... ¿No comprendes? Si ellos viven, nos detendrán...

—Espera... antes tienen... tienen que decirte dónde está el cuaderno...

—¿Lo saben? ¡Malditos! ¿Lo saben, Sam?

—Ella...

Señaló a Jeannie Appel. La cara monstruosa de Hildy se ladeó, mirándola con su único ojo fosforescente.

—¡Tú...! —jadeó—. ¿Dónde...?

En el suelo, Granvy cerró los dedos en torno a la pistola que perdiera, la levantó y apretó el gatillo.

La bala arrojó a Hildy de costado, dando tumbos.

Pegó contra la mesa y la derribó antes de caer. Jeannie empezó a gritar como una loca. Midge se arrodilló al lado de la mujer cuya cara era ciertamente horrenda y susurró:

—Está muerta...

Ken miraba la pistola en la mano de Granvy. No sabía si éste pensaba matarle también a él o no, porque todo se le antojaba una absurda pesadilla.

Al fin, los dedos del científico se abrieron y el arma rebotó en el suelo. Con un largo quejido, el propio Granvy se relajó pegado a la pared.

—Debía hacerlo... —susurró—. Era mejor para ella... para todos... vivir en ese infierno...

—Cálmese.

La cabeza del herido giró hasta poder enfocar la mirada en el rostro tenso del policía.

—Dígame, teniente...

—¿Qué?

—El cuaderno, ¿está...?

—Sólo Jeannie lo sabe.

—Pregúntele... Sé que me muero... pero... quisiera...

—Le comprendo. ¿Jeannie?

La mujer se acercó a una pared. Había varios trofeos de caza colgados en ella. Levantó una cabeza de ciervo y un cuaderno de tapas negras cayó al suelo.

—Aquí está —murmuró.

Byrnes lo tomó, mostrándoselo al doctor Granvy.

—¿Cree que hubiera podido descifrar las fórmulas, doctor?

Granvy tendió la mano sin fuerzas y tomó el libro. Se estremeció como un azogado.

—¡Dios... tanta sangre... por nada...!

Repentinamente, su cabeza giró, golpeó en el suelo al caer hacia atrás y el cuaderno se deslizó de entre sus dedos muertos.

Midge se apretó contra Ken, estremecida.

Byrnes dijo con voz ronca:

—Quémelo, señora. Ahora.

Jeannie miró a Midge, como interrogándola.

La muchacha asintió:

—Sí —dijo—. Destruýalo.

Jeannie se inclinó ante la chimenea. Encendió fuego y pronto las llamas crepitaron alegremente, enrojeciendo las sombras de la cabaña.

Cuando el fuego estuvo en todo su apogeo, tomó el cuaderno, erguida allí, su hermosa silueta recortada por el fulgor del fuego, y empezó a arrancar páginas a puñados, arrojándolas a las llamas.

Al fin sólo quedaron las tapas negras. Miró a Midge, al teniente. Luego, sus ojos se desviaron hacia un estante.

En él había una fotografía del profesor Walter Karch ataviado con ropas de caza. La fotografía había sido tomada en los bosques y el rostro de aquel hombre viejo y de corazón joven, sonreía a la cámara.

—Ahora él descansará en paz —dijo Jeannie.

Y arrojó las tapas negras al fuego. Luego estalló en sollozos y cubriéndose la cara con las manos salió corriendo de la cabaña, buscando la soledad del bosque, del lago, de la luna y de una noche como tantas y tantas otras, que en ese mismo lugar, fueron inolvidables.

Byrnes removió las cenizas con un atizador. Luego, volviéndose, murmuró:

—Nunca pensé que esta pesadilla terminase de ese modo.
Descolgó el teléfono y llamó a jefatura.

EPÍLOGO

Midge abrió la puerta de su apartamento y volviéndose, miró interrogante a Ken Byrnes.

El rostro del policía acusaba el cansancio y la tensión vivida, lo mismo que el de ella.

—¿Quieres entrar un momento? —murmuró.

—Claro.

Entró y él mismo cerró la puerta.

Por las ventanas entraba la primera luz del alba.

Midge preparó café y lo tomaron en la cocina. El día se levantaba perezosamente.

—Dijiste que tu jefe estaría esperándote, Ken...

—Y esperará aún mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Tú lo sabes perfectamente. Cuando el teléfono sonó tú y yo discutíamos sobre el porvenir.

—No creo que a eso pueda llamársele discusión... —rió la muchacha.

—Llámallo como quieras. O no lo llames de ningún modo, pero ven aquí antes de que me caiga de sueño.

La abrazó, y tanto si era una discusión, como un altercado o un simple cambio de impresiones, el caso es que la cosa prosiguió entre los dos hasta bien entrada la mañana...

Tal como Byrnes dijera, su jefe hubo de esperar hasta desesperarse.

FIN

UNA HERMOSÍSIMA MUCHACHA
QUE LUCHA POR NO SER COMO SU MADRE:
¡UNA MUJER DE LA VIDA!



¡TODOS LOS HOMBRES
LA DESEAN Y
TIENE QUE DEFENDER
SU VIRTUD DE LAS
MAS VILES
ACECHANZAS!

¡PERO EN SU
CORAZÓN ANIDA UN
AMOR PROFUNDO...
QUE PUEDE HUNDIRLA
EN EL FANGO!

LORENA

ES UN APASIONANTE
RELATO ESCRITO POR
CORIN TELLADO.
UNA NOVELA QUE
EMOCIONA A TODAS
LAS MUJERES Y QUE
PUBLICA SEMANAL-
MENTE EDITORIAL
BRUGUERA.

ESCUCHE SU VERSIÓN RADIOFÓNICA
A LA HORA DEL SERIAL
POR LAS 65 EMISORAS DE LA "REM-CAR" Y "CES"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

